



lo que estaba
antes

roberto acebo

lo que estaba antes

roberto acebo
lo que estaba antes

i- colores

El señor K

Convencido de la existencia de ciertos puntos no muy claros, resbala la mirada hasta encontrarse con sus zapatos negros, algo desafortunados en su forma y en su estado, reflejados en la vidriera de una librería. Descubre, en esta suerte de reconocimiento, de manera casual y al meter la mano en el bolsillo del saco, que se ha olvidado de llevar entre sus cosas las llaves que lo devolverán a su casa. Más aún: ha perdido las llaves y esto es lamentable puesto que significa, para él, la más horrorosa realidad: no puede abrigar esperanzas de retorno. Cuenta, sí, con unos pesos que le alcanzarán, seguramente, para un café y para luego comer unas porciones de pizza en el mercado. Las ropas que lleva son apropiadas al clima, a pesar de ser de invierno. Aquel pulóver y el saco gris, que la imprevista llovizna y frío de la mañana le habían obligado a vestir, son, a las nueve, aún apropiados. Este verano tiene estos descabros climatológicos.

Verde, verde y gris. Y azul. El cemento le gana a los árboles, pero aún los hay y en ellos se deja descansar, en mirarlos... en levantar la vista cada tanto y ver el cielo azul desde un lugar que lo une con el verde. Los ojos un tanto agrietados, pero no por la luz. No, es otra cosa. Los ojos agrietados y como nuevos, la mirada nueva en esa novedad que se deja vivir en su mirada alucinada de ver cosas que recién ve. O que había olvidado. Despacio, el cielo avanza despacio, o no avanza.

No hay nubes para saberlo. Cuando hay nubes el paso del tiempo es más evidente. Claro, si uno tiene como referencia levantar la vista y buscar el cielo, el cielo celeste, celeste y las nubes. Nubes blancas o las de lluvia, nubes de verano. Que esas no son tan blancas y se mueven. Como todas las nubes. El don de ser nube es el movimiento. No se es nube y se está quieta. Salvo en las fotos. En esas fotos viejas, las primeras en color que aún guarda en el ropero, dentro del pañuelo de seda italiana que heredó de su padre. Las fotos ahí. Entre esas, las primeras en color, hay una que lo maravilla. Están las nubes blancas, muy blancas en el puente, sobre el puente de Quijano, el puente del tren en Quijano. Nubes que suelen extraviarlo cuando las mira. Se queda mirándolas y se le ocurre que están vivas. Y, por esas cosas de la magia de la luz, atrapadas en ese cartón se mueven. Esas nubes del 68 se mueven en el cartón que las atrapó para siempre y ya no son del 68. Son del tiempo. Y entonces él duda si es Quijano o el puente de fierro del río Mojotoro, cerca de Vaqueros. Y también duda si esas son nubes que se desprenden de un amanecer de febrero del 2004 en las casas de Quipón, cerca de Cachi. O si son las que se ven en los ojos de los amigos que le cuentan que han estado en Bangladesh, en los mercados de Bangladesh y que hay mujeres enormes y otras que parecen niñas de 8 años con las formas de una de 40, y rostros de una de 40. Mujeres diversas en sí mismas. O las nubes de los ojos que María le dijo que guardara en la soledad del velorio que

los encontró después de años de no verse. Cosas que son y que a veces recuerdan las nubes y el tiempo. No, no sabe si es el puente de Quijano... Poco importa. Lo que importa de ese instante son las nubes. La mano en el bolsillo. Con la otra ha acariciado al perro negro que en principio lo amenazaba con un gruñido y ya ha calmado. Ahora caminan juntos. Otro síntoma de la vida, del tiempo que es de una manera gratuita, que fluye casi sin querer. Hasta hace dos cuadras no era perro ese perro, ahora que se han reconocido están juntos y caminan por la vereda y cada tanto se detienen, y él mira el cielo, los cielos, y el animalito husmea los árboles.

Camina sintiéndose inútil y libre a la vez. Las vacaciones en la oficina del correo le producen más zozobras que gratificaciones. Treinta días de no cumplir horarios, de no vestir de rigurosa corbata, lo han convertido en un extraño. Sin trabajo y sin hogar, vaga por las calles y los recuerdos que no había recobrado hasta ahora. Camina. Descubre una ciudad bulliciosa y pobre. Ve a los mendigos niños tan niños como los otros, pero menos niños que los otros niños. Ve a los viejos mendigos más viejos que nunca. A los cirujas, irreconciliables. A los linyeras. Ve cómo, en los contenedores de basura del mercado, una rapiña indescriptible se despedaza por frutas y verduras podridas. El café con leche que pensó podría tomar con los pesos que lleva encima se le ocurre, en ese escenario, un despropósito. Además, ahora está el perro. Tampoco encuentra en el bolsillo el encendedor ni los cigarrillos negros.

Uno cada noche después de la cena, más precisamente después del café casi lavado que toma religiosamente, mientras escucha tangos en la radio Salta.

El señor K está indudablemente triste. Triste por los otros, por el Poco, por él mismo. Triste porque acaso no volverá a tomar un café con leche en su vida. Triste porque le ha puesto Poco al perro negro que lo huele mientras él se deja estar, sentadito en la vereda, y levanta la mirada y ya anochece y ya no hay azul ni verde. Triste porque no sabe dónde va a dormir esta noche y las próximas; y porque ya la barba comienza a pronunciarse en su rostro azorado, perdido.

La noche

Luz, aquí. El más chico no tiene más de 5 años, su hermano debe andar por los 7. Comparten un pancho en la avenida San Martín sentaditos en un zócalo, en la parada, esperan un ómnibus, no importa cuál. Importa que el más chiquito está embelesado con la mitad del pancho que tiene entre las manos. Para un coche, bajan algunas personas, el más grande pega un brinco y un grito y se trepa por la puerta trasera. El enano no se da cuenta, levanta la cabeza y ve al hermano que lo llama desde el colectivo, se para aferrado al pancho, se pisa la botamanga del pantalón enorme que lo abriga y tropieza, el coche cierra la puerta y arranca. Se le llenan los ojos de lágrimas, pero no llora, tiene la boca llena y los cachetes colorados y solo el pan en la mano: la salchicha ha volado a la calle y la aplastan los autos. El colectivero para a unos metros y abre la puerta, baja el chango de 7, está enojado. Pelotudo, le grita al enano de 5, que recién larga el llanto. El grande se da cuenta de que está metiendo la pata. Y sigue puteando por lo bajo, mientras lo ayuda a levantarse y le limpia las rodillas. Se sientan de nuevo, uno al lado del otro. No seas maricón, le dice. Ya va a venir otro, no llores, pué. El de 5 entre sollozos come el pan que le queda del pancho, los ojos brillantes. El grande le acomoda el pelo. ¿Querés que compremos otro?, le propone. El enano se seca los mocos con la manga del buzo. E ilumina con una sonrisa la noche.

Un libro de Onetti

La charla con Carlos Hugo en el café de siempre, su mirada interrogándome cada tanto, extrañada de no verme bien y sabiendo que algo me pasa, y yo obligado a continuar con esta farsa de ser el de siempre, diciéndole estoy bien, estoy bien, Carlos, son cosas que pasan y las cosas pasan, así, con ese casi juego con las palabras que le arrancan una sonrisa más de las muchas que ofrece cuando uno se sienta a su mesa en el café de la Alvarado y la avenida. Su “ay chango, el dolor es una marca en los ojos hecha por otros ojos que ya no nos ven”.

La inusual tristeza asaltándome a eso de las seis de la tarde luego de estrechar la mano del escritor, la despedida a unos pasos del parque San Martín, él tomando el 7A que lo lleva a su barrio, a su tiempo. Mi cabeza y el costado poblados por la sensación dolorosa de no saber qué hacer cuando, hace unos días, todo estaba resuelto de una manera luminosa. Clara. Junto a ella. Su nombre invadiéndome luego de estrechar la mano del poeta, mientras camino hacia el parque. Ingresando/ habitando/ recordando “El que tiene sed”, esa novela bellísima de Castillo, porque también allí hay un parque, y aquí, en este parque, hay unos borrachos apostando a que se puede, dibujados por la tarde que avanza hacia la oscuridad. Las manos de esos pequeños juguetes contrahechos, trasnochadas, estrechando con delicadeza la caja que espanta los malos sueños y las mañanas del mañana. Es entonces cuando

la tarde se hace oscura, ella insistente me habita y no sé cómo decirle que la espero a la vuelta del domingo entre los árboles de la dicha o eso que presentíamos aquí cerca definitivo y celeste, o verde.

Abelardo Castillo, Carlos Hugo Aparicio, la indudable certeza de repetirme en el vano intento de buscar un teléfono para encontrarme, llamarla. Para dejar de caminar en círculos y pensar que hay una salida para escapar del vacío adentro.

El aire torpe de este invierno íntimo, inmediato, en enero; las mentiras dichas a mí mismo para espantarme un poco las ganas de reencontrarme con el que fui cuando amanecía para mí a las tres de la tarde. Y escribía.

Y el parque y los libros del parque y Onetti esperando tan oportuno (acaso, porque la oportunidad de la tristeza de Onetti estuvo en el mundo desde que publicó su primer relato, y fuimos dichos para siempre). Las formas de la desidia, indolencia, indiferencia y todas las maneras de decir lo mismo sin más pretextos que la de sabernos poseedores de mil modos de decir lo mismo, pero en distinto tiempo. Decirlo de un modo nuevo y también definitivo. Como un relato que emerge vivo desde la soledad, la misma de siempre, pero distinta. Y estas manos buscando el índice del libro de cuentos completos de Onetti que a tan bajo precio vende la señora que también me ofrece uno de Soriano. Y sonrío

porque Osvaldo es de muchas formas también un escritor triste. Y solitario y final, me apresuro a pensar para no pensar en ella que se deshacía de mis historias de lugares comunes y de mala literatura, asediadas por lecturas y humores descomunales —palabra animal—, lo único, quizá, que ella de mí conserve en sus horas de sumergirse en vidas viva. O, de nuevo quizá, también conserve el recuerdo de las otras, de las debidas y pendientes con un asterisco enorme de dejar las cosas para después. Como yo, que la espero en la sombra de una mañana que no llegará porque hace días que recuperé la noche llena, y despierto a la tarde, cuando ya es tarde para comprar el diario y el pan del día.

“Tan triste como ella”, “Bienvenido, Bob”, “El infierno tan temido”, “Un sueño realizado”. Están todos los relatos que han sido en los años de malos hábitos y de insomnios visitados por Charlie Parker o Coltrane y la ginebra Llave, y por muchos otros que, como yo entonces, habitaban la noche y habían perdido las mañanas. Y no importaba.

Y llega el fin de la tarde, y se habita de sentidos la penumbra, pero no hay palabras. Palabras para decir esos ecos de la sombra. No, no hay palabras, sólo la tristeza.

Y el tipo pasa y nos mira —mientras el cuarto o quinto tetra nos hace niños en el patio recién barrido de la mamá, jugando a ser grandes y a hacer cosas de grandes como fumar y trabajar y retar a los chicos— y se

desprende descomunal el corazón y lo arroja en el pasto pronto a perder su verde y aparece ella y no me ve o me ve, pero no me reconoce porque a veces pasa que no estamos donde estamos, con nosotros. Y no entiendo por qué me desprendo de los otros con la caja de vino en la mano y la sigo unos pasos que son pocos y le quiero decir aquí estoy, pero no tengo palabras y me miro los pies sin zapatos y sucios y encuentro en el cinto la punta que me ayuda a sacármela de adentro y es profundo y penoso el tajo y me cuesta arrancármela del costado. Y se va por la oscuridad creciente del parque, mientras me miro, la caja cayéndoseme de la mano, sin entender.

Y me tiendo de espaldas en el pasto, sintiendo esta tibieza tan triste y plácida de la dicha de estar mirando las estrellas entre los árboles, preocupado en quedarme quieto, apagando los estertores, los ojos muy abiertos, para no perder ninguna de ellas, quieto quieto... quedándome quieto hasta que esa preocupación no sea necesaria.

Guayaquil

Él entiende o cree entender las razones expuestas por el otro. Simula o cree simular con tal sutileza que resulta conmovedor verlo asentir con los ojos, con la cabeza y hasta con el ajá típico del que comprende las certezas y se halla ante una. Es atendible y casi entendible y él lo entiende con una abnegación digna de un mártir que asombra o cree asombra al otro.

En estos juegos está cuando recuerda o cree recordar las cervezas interminables. Las otras mesas, las discusiones. Las recurrencias habituales después de haber asistido porque sí a una de esas charlas que le imponen comentar.

—... la literatura no merece el destino de los insectos. Ni siquiera el de los perros de laboratorio. No vengás a hablar de lectura científica, objetiva. No, no se puede encorsetar a Baudelaire. Los catedráticos con pretensiones de entomólogos deberían abstenerse de dar juicios sobre lo que desconocen.

—Cuando tuve en mis manos las noticias, no lo podía creer. Cayó la cortina, el muro... todo. Y quedó expuesta toda la mierda. ¿Dónde va a ir a parar este mundo de mierdosos corrompidos, satisfechos de sí?

El otro continúa argumentando a favor y en contra de su decisión indeclinable y él, con los codos, los

dos, sobre el escritorio, con las manos en U, así en U, sostiene su cara de converso...

Ella, ¿qué estaría haciendo ella? Fija que leyó esta mañana, no muy temprano, el Página diario, la dosis de rebeldía necesaria para un día en paz con la conciencia o con el inconsciente colectivo, mientras Silvio cantaba “Hoy mi deber era...”. Piensa.

Ella es tan ella en las cosas de su vida. Toma las decisiones como ella sola. Cierto es que no tienen un acuerdo formal, burocrático, que especifique algún tipo de obligaciones; es más, él nunca se atrevió a proponerle algo. Nunca le dijo hagamos un trato. Recuerda o cree recordar un lunes cuando ella le dijo: “El miércoles viajo a Cuba”. Él la miró —recuerda— con la habitual mirada de sorpresa, ternura y resignación, mientras movía interminablemente la cucharita en la taza de café. “Me engancho con unos flacos que conocí en la manifestación de ayer. Creen que soy, puedo ser, un elemento útil para la causa. La causa... ¿Te acordás de la causa? Y sí, éramos otros, creíamos; la veíamos más cerca: la revolución estaba más cerca. Prestame el discurso de Fidel que grabaste de la radio. Ah... también las fotos que te regaló Trilce. ¿Sabés qué más llevo? Los siete locos y tres libros del Che”, dice.

Ella es así, es así todo el tiempo. Siempre sabe o cree saber quién es. Piensa.

Las estadísticas son irrefutables, el departamento de ventas dice no y a agarrarse las pelotas. Por lo menos no por ahora. No se vende, por ahí una novela puede

resultar si la podemos llevar al cine o a la televisión. Pero poesía, lo que se dice poesía, no. A menos que seas Benedetti o Neruda, claro. De todos modos, vos sabés cómo funciona esto, hoy sos dios y mañana marx. ¡Je! ¡Ya vendrán tiempos mejores!, dice el otro. Marketing, un cacho de marketing, un estudio de mercado y listo, vemos para dónde va la cosa y ahí apuntamos... Oficio, vos tenés oficio y eso es bueno, podés seguir haciendo esa mierda que te pedimos y que vende tan bien... Pero lo tuyo y ahora no, no es viable ¿Entendés?

Y él ignora qué cornos es marketing. Alguna vez intentará unos versos con esa palabra, piensa; le sugiere transcurrir, movimiento; rimarla con viking o con Kipling sería, piensa él, pienso yo, no muy desacertado y hasta Borges lo aprobaría. Rimarla con "sin ti" no le parece tampoco del todo estúpido. No le importa ya y, de esto le dan sobradas pruebas las novelas tan vistas en nuestra sociedad de consumo de doñas rosas, a nadie le importa emplear tú. Si bien es cierto hubo un tiempo en el que el vos, de la mano de Benedetti, ocupaba sus insomnios, él ya ha superado esa etapa. Él está podrido de las palabras. Vos, tú, dices, decís, cállate, callate.

Es así la cosa, de todos modos, tomá esta dirección, gente abierta y amplia de criterio. Pueden darte una mano. Ellos le publicaron, hace algunos años, un libro de poemas a un hippie trasnochado. El flaco transó y entró en el negocio. Desde entonces se baña

regularmente. Pero esa es otra historia, con moraleja y todo. ¡Je! Sonríe el otro.

Y él, en Cuba. ¡Mierda!

Qué cosa más extraña —piensa— pensar en Cuba, en la revolución; pasamos de largo y ella quedó allá, sola y muy isla. Y pensar —piensa— que estuvo en África; que decidió el regreso porque allá no estaban dadas las condiciones y que eligió Bolivia para entrar con la revolución a cuestras en el corazón de Sudamérica.

Bolivia, Salta, otra historia. Y pensar que fue boleta allí, en el último lugar del mundo, un poco más abajo del ombligo. ¿Por qué la revolución es un sueño eterno? Piensa.

Bien, creo que todo está dicho —dice el otro. Ah, y mándame la paja que me debés si podés el viernes, mirá que la jefa ya se cabreó de nuevo. Dale, no seas boludo, si no te cuesta nada escribir esa mierda... y pasá por caja, que tenés algo por lo último que hiciste.

Él lo mira como si recién lo reconociera; trabajosamente abandona su posición (los codos sobre el escritorio, las manos en U —o en V—), la encontró cómoda y muy agradable le resultó jugar con los meñiques en la zona lacrimal de los ojos.

Se pasa la mano izquierda por el pelo desordenado y estrecha, casi con asco, con la derecha la mano que le tiende el otro.

La distancia

El ritual

La distancia real entre mi corazón y el silencio es indeterminable, pienso ahora. De todos modos, hace mucho mucho tiempo pensaba que era posible determinarla, y a esa tarea me apliqué durante años, no diré muchos pero sí los más preciosos, los de la juventud.

Abundaba en despliegues muy predecibles, desde el de la abierta rebeldía hasta el de la desobediencia llamada entonces civil (¿hay otro tipo de desobediencia?, pienso ahora). El ritual consistía en desdoblarme como para verme al mismo tiempo que actuaba. La mirada — creía entonces— sostenía al mundo. Era elusivo el lugar que uno buscaba entre otras cosas porque uno era uno y a la vez pretendía escindirse para mejor verse. Se entiende que eso no dejó de reiterarse hasta el presente, cuando escribo este relato que habrá de convertirse, esa es la idea, en un cuento con final y todo.

El primer día

La amnesia vino por tandas. Primero fue el no saber dónde había quedado el grabador de periodista. Sí, el no saberlo cuando supe que lo requería. Ocurría con frecuencia, o mejor, desde ese día empezó a ocurrir con frecuencia quizá porque empecé a notarlo. Uno no sabe que ha perdido algo hasta que necesita ese algo y

no está. Y quizá lo perdió hace años, pero, como el dispositivo del olvido funciona de un modo y no de otro, siempre ocurre en el presente, es decir, lo acaba de perder. O mejor expresado: uno pierde las cosas en el momento en el que nota que las ha perdido. No antes. Antes uno anda por la vida con una sonrisa que sabemos ahora (luego de la pérdida) idiota e ignorante hasta el paroxismo. No es tan complicado. Uno pierde las cosas cuando las ha perdido. Y punto. El ejercicio con las palabras complejiza un tanto la cuestión, pero no es tan complicado. Algún seguidor de Wittgenstein podría iluminarnos, si fuera posible su presencia en estas páginas.

Tenía que hacer una entrevista luego de meses de no hacer una. El riesgo de ser un *free lance* (un busca, diría Rafa) es que puede uno, también, olvidarse de que lo es porque no cae nada entre las manos para justificar ese rótulo pegado con cinta Scotch. Y si uno es periodista, es más engorroso el expediente, y el adjetivo. Un periodista *free lance* es una anomalía en sí.

Lo cierto es que me llama Mariana y me dice “llegó una cubana a Salta y se presenta en dos días, es cantante y multiinstrumentista, ¿te animás a hacerle una entrevista? Manejala cómo quieras. La necesito para mañana. ¿Podés?”.

Ese “manejala como quieras” me resultó tan excitante que fue un sí enorme y claro. Claro que eran las 12 del jueves y el dolor de cabeza se despertó conmigo. Esto de no dormir las 8 horas recetadas es muy jodido.

Es decir, mis dolores de cabeza arrancaban temprano si no dormía las horas necesarias prescriptas por Afráin (sí, con A), mi amigo que oficiaba de médico siempre (eso de *free lance* no va con algunas personas).

Terminé de despertarme. Y me repetí “una cubana multiinstrumentista”. Todas las cubanas, y por extensión los cubanos, que conocía y que eran músicas, músicos, eran multiinstrumentistas. ¡Qué palabra! Me agobiaba de solo pensarla.

Busqué debajo de la cama un par de medias iguales y no muy empuzadas, una tarea que me llevaba por lo general unos buenos minutos y muchas puteadas. Encontré dos que se parecían y que en lo oscuro podían pasar por hermanas. Ya estaba listo. Mi vieja decía que las medias y los lienzos íntimos (esto de íntimos no sé si lo agrego ahora o me lo decía ella, con el pudor que la caracterizaba) eran lo primero. Nunca aclaraba qué venía después, por lo que estas venerables palabras me bastaban y aún hoy me bastan. Y me servían (me sirven, me servirían) para entender otras que sí vendrían después, en la escuela más precisamente: estar bien presentable. Bah, en realidad, y en buen salteño, hice la síntesis y en un salto de calidad en la praxis llegué a la certeza de que estar bien presentable y tener las medias y los lienzos “en primer lugar” era lo mismo, o casi. Como el casi, palabra chiquita y hermosa si las hay, era tan amplio, desde que me di cuenta en otro de los magistrales razonamientos predispuestos por mi leninismo *avant la lettre* que era así, la empecé a usar. A

la palabra casi y a la casi verdad de que lo que está en primer lugar y la buena presencia son lo mismo, casi. Y aquí estamos. En fin. El grabador.

Un teléfono de contacto, el del hotel de la cubana, fue el primer paso. Mariana era magistral en estos detalles, que por detalles no son poca cosa. Y que, en realidad, no son detalles, pasa que me gusta hablar de detalles, es un detalle de buen gusto, que, precisamente, hablan de buen gusto y discreción... Había tenido el tino de mandarme una moto con un chico y un paquetito que tenía en su adentro un cd de la cubana y un sobre con los detalles de contacto, entre ellos, la dirección del hotel y el teléfono. Gracias, le dije al changuito... y me miraba como para que le dirigiera palabras alusivas al momento que transitábamos y que marcaría un antes y después en nuestras vidas, lo miré, le estreché la mano y le volví a decir gracias, pero esta vez con más convicción. Y me seguía mirando, y al toque me avivé y le dije esperá, y fui hasta la cocina en patas y medias y saqué una botellita de esas respetables de Me echó... la burra que me trae regularmente Nico desde los Valles y se la pasé. Mis palabras irrepetibles fueron “pa’ la noche, compañero”. Y la emoción en sus ojos me devolvieron la esperanza en Evita y el General.

Listo y equipado ya con mi free lance, me dispuse a llamarla y la llamé. ¡Qué bonito que hablan las cubanas! No me voy a cansar nunca de destacarlo en cualquier foro en el que me toque tomar la palabra. Perdón, doctor, una mínima intervención a propósito de

las endopatologías asociadas a las territorialidades de la tesis que usted tan claramente ha expuesto en esta magnífica conferencia con la que nos honra (ah, otra palabra que me dilecta [¿?]) enormemente es magnífica, así en femenino. ¡Es magnífica!). ¡Qué lindo que hablan las cubanas! Gracias, doctor. No deseo agregar nada más. Ha sido usted muy gentil.

Y no solo hablaba lindo, que de por sí ya no era un mérito, puesto que era cubana y no otra cosa es dable en ellas, sino, y esto es lo más destacable, era hermosa, como sólo pueden ser hermosas las cubanas. Huelga decir que vi sus fotos en el arte del disco y qué decir: ¡bella! Naturalmente, era negra. Afro, me dijeron que hay que decir, puesto que negros somos nosotros, los que portamos un color amarronado. Siempre que no me olvido recuerdo y traigo a colación, sobre todo en las charlas que compartimos con amigos y favorecedores, mientras degustamos unas empanaditas y un vino que puede ser de regular para arriba en las presentaciones de libros o en la inauguración de muestras de lo que fuere, plástica, fotografía, performances, teatro, etcéteras, que una amiga italiana, de Milán más precisamente, me decía que había escuchado que se decían negros como apodo o como insulto, según el según, los muchachos de las barriadas populosas de la ciudad. Y alarmada me demandaba ¡pero si aquí no hay negros, hay marones (así, sin la rr tan nuestra)! De allí que mi amiga me pedía, para evitar confusiones en su manera de ser europea en el mundo, que le contara por qué no

hay negros como dios manda en Salta. Y yo le pasaba a explicar con la síntesis que me caracteriza que sí los hay, medio devaluados pero sí estamos (habemos, le decía para hacer más inclusiva la afirmación) nietos y biznietos de negros y aún negros de segunda generación y no muy mezclados con marrones y blancos por acá. En fin, me iba para ilustrar mis palabras a estrictas notas de Borges, sobre todo en “La historia universal de la infamia”, para describirle los extenuantes caminos que hubieron de recorrer los otros bajados de los barcos que habían tenido la desdicha de ser traídos a este lugar y de no ser europeos.

Mi amiga milanesa con sus bellos ojos andaluces y su cabello negro negro se reía de mi manera de situarla en América Latina, que de eso se trataba y no de otra cosa, aunque muchos de sus conocidos y amigos de Buenos Aires, siempre tan mirando a Europa, pobre de ellos, nos negaban la categoría de mestizos, tan linda y latinoamericana.

Bueno, lo cierto es que su voz por el teléfono y sus formas en el cd eran bellas, pero aún no las había tocado ni visto. Listo, le dije, a las 5 estoy allí, y colgué y me fui a bañar un poco para que se me pasara el dolor de cabeza.

El grabador

¡Cuál no sería mi sorpresa y mi estupor cuando hube de darme de bruces con la realidad! ¡La ausencia del grabador! Pero si lo tenía aquí, me decía en la fiebre de la desesperación, mientras revisaba la mochila que

fue azul, el bolsillo del costado, el chiquito que como una obra pergeñada por los dioses coincidía notablemente con el tamaño del aparatito. El único lugar en el universo donde podría y debía estar *ad aeternum*.

Yo, para decirlo sin ambages, era muy tímido. Había oficiado de fotógrafo y ahora de periodista *free lance* y mis instrumentos para superar esa insostenible afeción eran la cámara, con el flash (eran otras épocas), y el grabador, según oficiara de fotógrafo o periodista. Encontré la cámara pero no el grabador digital, que este era digital. Supe tener esos denominados walkman con casetes y después los chiquitos, con casetitos de una fidelidad incuestionable. Bueno, lo cierto es que el digital que grababa en mp3 que me había comprado hace un par de años y que me diera tantas satisfacciones en la vida no estaba.

A ver, a las 5. Y son las 3. ¿Qué hacer? Siempre que me hacía esa pregunta se me dibujaba en la mente la pelada de Lenin y esa acuciante pregunta —precisamente— de revolucionario se tornaba solo la puerta para entrar a la imagen de la susodicha pelada. Entonces, me dije más alto y lento, para mejor oírme y poder escucharme alto y claro (¡qué cacho de propaganda era esa!): ¿qué hacer? Claro, el tema es que la pelada de Lenin me distraía y reiterar la pregunta era reincidir en la evasión. Me la imaginaba bajo los aires fríos de la revolución, en las aldeas nevadas, y entonces, irremediabilmente, pensaba en Heidi y el abuelito y Pedro. No, no decía ¿qué hago? (Que habría sido lo más atinado. Y lo más práctico

dado el caso y la urgencia que suponía la situación.) Heidi estaba atiborrada de nieve, y las cabras con gruesa lana la acompañaban mientras echaba al viento alguna copla tirolesa. Una cosa muy idílica o bucólica, o en ese orden de progresión. Lo cierto es que Lenin suscitaba un desorden tremendo en mi cabeza, siempre lo había hecho. Y yo me esforzaba por pensar en Marx, en la figura de Marx. Barba y pelo, mucho pelo... pero no, no podía, enseguida se me atravesaba la figura del abuelo de Heidi y, por contacto (o desplazamiento, diría Lacan), me encontraba obnubilado por la pelada revolucionaria de Lenin. Era un caso patológico. Pero así era. Tardé como unos buenos 15 minutos en desembarazarme de tantas imágenes que me impedían pensar en *q-u-é h-a-c-e-r*. Esto de deletrear(me) la duda me lo recomendó la última psicóloga que tuve, muy buena chica, por cierto. Con las letras desperdigadas volví a la realidad. Un grabador. Llegarme hasta el diario y pedirle uno a Mariana me hubiera demandado no menos de una hora. Y suponiendo que fuera, es decir, fuese, era medio azaroso que ella estuviera o estuviese en la redacción. Seguramente estaría haciendo alguna investigación periodística en alguna fría comarca de las orillas. Si no, no se explicaba por qué había delegado en mí la nota a la cubana. Aunque, es bueno decirlo, siempre que podía y la dejaban la Mar me tiraba un centro.

Pongámonos en situación. Enfoquemos, me dije, como para tratar de ordenarme un poco. ¿Es realmente importante el grabador? No, una birome y una libreta

bastan, no es radio. Es una nota escrita. Ni siquiera una entrevista.

¿Sabés algo de música cubana? Sí, mucho. ¿Te gustó el disco de la cubana? ¡El disco! Escucharlo mínimamente me aclararía muchas cosas. No por lo que hubiera grabado y su talento y letras y ritmos sino porque me pondría a hacer algo. Algo con un objetivo, que no es poca cosa en mi día a día que se ha caracterizado por esa inconsistencia chirle que se parece a la nada. Si es que la nada de la náusea sartreana, ya que estamos lo traigamos a Sartre, es chirle. Aunque a mí se me hace que más nada y más náusea provoca leer *Los siete locos*. Esos tipos sí que estaban al pedo. Hecha esta reseña literaria, me dispuse a ordenarme. Ocurre que me pasa que como casi todo el tiempo estoy solo, se me ha dado por hablar solo, claro, y ese hablar se transforma en una deriva bárbara. Tan luego me digo algo, me salta una idea superadora y me voy yendo lentamente al carajo.

Esto, me decía mi última psicóloga, derivaba, a propósito, de no socializar. De no haber tenido el suficiente tino de haber constituido un núcleo primario, léase una familia con chicos y demandas que nos situaran —me situaran— en la realidad real. No el de las palabras o divagues muy propios de un alma débil y pre-dispuesta a la pérdida irremediable del tiempo y, por ello precisamente, de las relaciones más necesarias, sino las que se establecen con otro ser humano, a la sazón una familia, ¡la propia familia! Todo eso, más o menos, me decía la última psicóloga que supe tener. ¡Y

cómo me ponía!... No diré triste, no, no era eso... me angustiaba, es decir daba cuerpo, carnadura, a mi proverbial angustia, la de siempre. Porque, es justo admitirlo, esa cosa pegajosa y nauseabunda me habitaba antes de que tuviera conciencia de ella, de hecho, fue la misma Mar la que me sugirió que fuera a contarle mis cuitas a esta, la última psicóloga que supe tener. Porque, bueno es admitirlo (otra vez), tuve otras. Nunca un psicólogo. No señor. Eso también fue tema de conversación con alguna de ellas. El porqué me resultaba más natural que fuese una mujer la que me escuchara en mis relaciones y relatos, que vienen de la misma familia lingüística. Ido como estaba, pensé en mujeres y pensé en una psicóloga cubana, negra. Y se me vino a la voz, ya que me encontré diciéndolo, el poema de Gelman y Benedetti “y si Dios fuera una mujer”, y pegadito: “esta ofelia no es la prisionera de su propia voluntad/ ella sigue a su cuerpo/ espléndido como un golpe de vino en medio de/ los hombres/ su cuerpo estilo renacimiento lleno de sol de/ Italia pasa por buenos aires/ ofelia yo en tus pechos fundaría ciudades y/ ciudades de besos/ hermosas libres con su sombra a repartir con los/ amantes mundiales”. Y ahí fue que me encontré con el cd en la mano.

La cubana

Yusa, se llamaba y se llama Yusa. A los efectos de ser fiel a eso que llamamos memoria, habré de referir solo los hechos de los que tengo real conciencia.

La música es sin dudas, o con ellas, lo más hermoso que nos ha pasado. Otros me dirán que fue es la literatura, por caso, o la pintura y hasta alguno arriesgará: ¡no hay como el teatro, vea! Con la irrupción necesaria de los signos de admiración en escena. Y debe ser que es cierto, como cierto es que no hay expresión artística que prescindiera de la música; y aquí quiero asociar, si se me es permitido, otra palabra a mi disertación en el club de lectores de esta digna y señera institución, doctora Irrigabarne, la poesía. ¡Zaz!

Qué golpe de intelectualidad propinado en el medio plexo, justito. Porque en mis tiempos de náuseas y soledades primeros se me dio por dar charlas sobre lo que, se suponía, manejaba medianamente bien, la música. Llegué a tener el pomposo título de crítico musical en esos días, título que me encargué de dilapidar alegremente con la discolía (?) que me es propio transitar incluso hasta ahora. Una de las defensas que uno se fabrica para no pensar en el núcleo primario es hablar con mucha gente o, más precisamente, hablar ante mucha gente. Soliloquiar sobre algunas líneas torpemente anotadas en unas hojas que oficiaban de ayuda memoria. De más está decir que esa temporada en mis días fue de las más fructíferas, era un solaz verme rodeado por gente linda que escuchaba música linda, y así, un primor de lindo todo, muchas gracias. La famosa evasión no era tan mal parida como me la había dibujado mi segunda psicóloga. A veces, esto se va a ir sabiendo

según pasen los días, tengo la sensación de haber perdido todo dejo de vida en esos devaneos amorosos que supe ir conformando con las mujeres que fueron mis psicólogas. Digo segunda y es necesario aclarar que fueron muchas. Solo guardo memoria de las dos primeras y de la última, claro que también está Ivona, una mujer tan bella como divertida. Ni un libro de autoayuda logró lo que ella. En fin, muchas charlas en distintos puntos de la provincia a propósito de la música seria me fueron llevando a alejarme de lo que debí haber sido. Y en eso perdí unos cuantos años, de los que no me arrepiento, ahora que me lo pregunta. Escuchar los sonidos tan bellamente creados...

ii- el color de la memoria

Ha vuelto Matías

Los juguetes, aún sobre el patio de lajas ahora calientes por el sol implacable de las 2 de la tarde. No era así a la mañana. No serían más de las 7 cuando llegó.

Ahora dormía en una habitación oscura, con ventanas de persianas cerradas y gruesas cortinas. ¿Siete años? No recordaba. Sólo que lloró muchos días, meses. Muchos días, meses lo esperó detrás de la puerta, acurrucada detrás de la puerta después de limpiar y aun sabiendo que el viejo había ido a Tucumán y que volvió y calló, porque le dijeron que no. Que no era posible seguir a todos los chicos que se escapaban de sus casas; eso de las drogas y el libertinaje de la democracia mal entendida hace estragos entre nuestros chicos, le dijo el cura que vio allá, llevaba una nota y recomendación del padre José, amigos desde el seminario eran con el de allá. El viejo volvió y fueron a la parroquia y rezaron con el grupo de los sábados y con el de los jueves. Resignación, y valor, les dijeron. Estas cosas pasan. Les dijeron.

Entonces, ella para no morir de tristeza decidió que el chango se había ido al sur por un trabajo. Pero al sur sur en serio. Río Gallegos, General Roca, por ahí.

Ahora, Matías dormía en su cuarto. Cuando llegó no lo reconoció. Estuvo a punto de darle un poco de tarta de acelga que le había quedado de ayer y unas ropitas, pobre muchacho. No era parecido al Mati que guardaba en su memoria de abuela que iba perdiendo

la vista y los recuerdos. Incluso su olor no era el mismo. Este que llegó a la mañana olía como los hombrecitos que son changarines en el mercado y que le llevan las bolsas con las compras hasta el taxi que la devuelve a la casa con visillos altos y rosario la tarde de los sábados para esperar a las otras promesantes de San Pantaleón, que rezan y visitan las casas después de las 7, con jugo de naranja fresco o algún licuado liviano nomás porque si no no se puede, por la calor que hace, vea. Intentó lavar las zapatillas pero no pudo. Estaban rotas. Un agujero en la planta de una de ellas le hizo estallar en un repentino llanto, que pudo contener recién después de regar los malvones que, pobrecitos, los tiene tan olvidados.

Lo espiaba por la puerta apenas entreabierta. Un dolor nuevo que no entendía la invadía. Y también una tristeza que la llevaba a pensar en su hijo, héroe de Malvinas, que tenía su altarcito en la pieza que usaba para rezar el rosario con las otras señoras. ¡Siete años? Los juguetes en el patio.

Esa mañana le hizo el desayuno temprano porque salían a las 9 desde el colegio a un campeonato de fútbol en Tucumán. Matías era remolón para levantarse, por eso lo mandaba a la tarde al Colegio Nacional, pero ese día ni siquiera tuvo que despertarlo. Ya estaba vestido cuando le fue a tocar la puerta que ese mismo año había aprendido a dejar con llave. Los chicos crecen, le dijo el cura José cuando ella le contó que no entendía

por qué este changuito de mierda le cerraba la puerta ahora.

Ay, cómo sufre una. Sabe que todavía lo siento al Rubén. Él ya había salido del servicio militar, si tenía 21 años ya y trabajaba con su papá... Y ya andaba noviando con la chinita de los Paredes, buena gente. Lo único que el papá de la Miriam tomaba los domingos y por ahí otros días. Esto me lo ha contado el Mati cuando ha comenzado a frecuentar esa casa la siesta de los domingos (Rubén, corrige el cura; ella sigue como si no importara ese detalle...). Se iban con la noviecita al parque San Martín, sabe cómo son los chicos a esa edad. Y entonces ya me veía yo res-tregando los azulejos de la cocina que se estaban viniendo abajo con la opaca luz que casi no entraba. ¡Hacía un frío! Qué ha sido, ¿el 80? Como sea, y no viene que me lo llaman al Rubén. ¿Ya había comenzado la guerra? Y llega el cartero con una cédula. Que se presente en la guarnición. Ay, cómo he llorado. Y su tata, que no daba pie con bola. El taller estaba fundido, no había ventas y las mesas y sillas, amontonadas. Si no sé para qué trabajaba tanto. Se encerraba en la carpintería y dale que dale. Él no ha dicho nada. Ha estado callado hasta que se ha ido el Mati, y ahí no ha aguantado más y ha largado un llanto de triste que hasta una, que ha visto y ha estado en tantos velorios... Pero esa ha sido la única vez que ha llorado el Fermín. Después se ha ido apagando de a poquito hasta que se ha acabado, pobrecito. El difunto, que en paz descanse, lo ha criado

sano al Rubén. Y cómo se ha enojado con el chango cuando le ha venido con la novedad. Y qué se va a hacer. Se querían.

No sabía Damiana si despertarlo para verle los ojos, porque cuando lo reconoció apenas pudo mirarlo y largó el llanto y no paraba de hipar que el Matías la consolaba y le sonreía con esa sonrisa que tenía mientras la besaba y abrazaba cuando volvía del colegio, esa sonrisa, pero distinta, distante de ella, parecida pero no la misma. O llamarlo al cura para contarle, o rezar un rosario ahí nomás. No sabía.

El Mati allí quietito, en el cuarto que era el suyo, que no había cambiado desde que se fue. Ella lo limpiaba religiosamente dos veces por semana. Y a la mañana abría las ventanas para que se aireara.

Y sí... Con el Fermín le hemos dicho que se venga para aquí a la Miriam, en su casa la han botado ahí nomás, apenas se han enterado. Era bruto su tata, ¡lo que es no tener mama! Después se han abuenado, pero ¿quién le quita la pena a la Miri? No, en ese tiempo todo era llanto. Mire que no llegar a ver crecer a su hijo. No... el Rubén iba a ser un padre ejemplar, y cómo la quería a la Miriam. ¡Si hasta le escribía más que a mí! ¿Y al Mati? Ellos dos le han elegido el nombre. Por la parroquia ha sido, ahí se han conocido, que una fiesta en la casa de tal, que el bingo del domingo, que la visita a la villa... Eran buenitos los dos. Y Matías, el nombre Matías, ha sido por el San Matías que lo han elegido,

que ese nombre significa regalo de Dios, el otro cura me lo ha contado, y eso ha sido.

¡Uh, cuando ha nacido! Una fiesta ha sido entre tanta pena. Y la Miriam me lo mimaba y lo arreglaba bien bonito. No, no me puedo quejar, siempre me lo ha atendido bien. Y el Rubén no cabía en su alegría. Sí, sí estaba el Rubén... A ver... Él ha sido héroe en el 80, pero antes lo han llamado. El Mati ha nacido el 19 de junio del 1977, eso sí es así. Claro. Tendría 2 añitos el Mati... ¿Que qué ha pasado con ella? No, no sé. Se habrá ido con un novio como dicen las malas lenguas. Habrá conocido a alguien... Unas viejas han venido para que hagamos la denuncia, ¡qué denuncia iba a hacer! Si ya no sabíamos nada del Rubén tampoco, que estaba en el sur, decían. ¡Pero no escribía! Y entonces la Miriam no ha vuelto, ha ido por unas cositas al centro y no ha vuelto... Por eso también se ha ido apagando el viejo, la quería como a una hija. ¿Y cuándo ha sido? Ese mismo año. A ver, ¿el 80? No, no sé. No me acuerdo ya, es que han pasado tantas cosas... ¿Ahora en qué año estamos? Saque las cuentas.

El otro

—Después del silencio hubo luz, el día, para contarlo, para que no se repita. Hubo imágenes que parecían inconexas, pero no. Algo había que las hacía legibles... Quizá todo sería más simple si se mostrasen las fotos, todo más fácil y más directo porque las palabras...

—¿Qué tienen las palabras? ¿Por qué te detuviste?

—¿Cómo se cuenta el silencio, la muerte? Esa creo que es la respuesta, la pregunta... La respuesta está en esa pregunta. Están las palabras y si uno escribe, porque se supone que uno es escritor, algo puede decir. Y lo digo en tercera persona porque me resulta difícil pensarlo. De hecho, creo que los intentos dicen mucho, pero son eso, intentos. Tenemos la luz del día para mostrar lo que pasó en la noche, para pensar y mostrar lo que pasó en la noche. Ahora, el tema, pienso, sería un trámite si habría fotos o cuerpos o represores que cuenten en primera persona qué pasó. La luz del día está.

—Estamos hasta las 22 en “Historias. Diálogos con los ojos abiertos”, por canal 10, con la visita de José Torre, escritor y docente exilado durante la última dictadura. Pausa y volvemos...

—¿Querés un café?

—Dale.

—Rubén, por favor, ¿nos traés dos cafés?

—¿Cómo te sentís?

—Bien, bien...

—Mirá, usualmente hay un trabajo de producción y contactos previos como para saber hasta dónde se puede llegar. Pero, estamos medio estrechos de tiempos. Perdón por el plantón de ayer. Estaba saliendo para llegarme a tu hotel y me avisan que un invitado no venía, y no pude ir, tuvimos que armar el programa de anoche a los ponchazos. Esta pausa es de 7 minutos... Primero, muchas gracias por venir, José. ¿Viajaste bien?

—Sí, Milena, perdón, pero no me acuerdo de tu apellido, me lo dijeron, pero... viste entre el ajetreo y la agenda de mi agente de prensa... Si hasta pensé que la nota no se hacía... por eso la llegada sobre la hora.

—Milena Derteau, mucho gusto.

—Mucho gusto Milena...

—A veces una no se da cuenta de que estos tiempos de televisión no son los únicos, por suerte. Disculpá nuevamente, por lo de ayer. Terminé como a la 1 y no era horario para llamarte. Alguien de producción se olvidó de comunicarse con vos para pedirte disculpas por el faltazo y para confirmarte la entrevista. Bah, los entiendo. Tuvimos un día bravo. ¿Querés que hablemos de algún tema en especial?

—No, no te preocupes, y preguntá lo que quieras. Pasa que por ahí me derivo. Y no sé si sirve.

—Gracias, y claro que sirve, de todas formas, producción hizo un buen laburo y yo, particularmente, te sigo hace años. De modo que sabemos muchas cosas sobre vos y nuestro público también. Venimos presentando informes sobre tu obra desde hace una semana.

—Perdón... Los cafés...

—Gracias Rubén.

Con el sol alto y los otros prolijamente arreglados en sus respectivas camas, es decir como sepulcros blanqueados, se encuentra al despertar. Despertar es un eufemismo; en realidad no despierta, abre los ojos. Más pequeño que ayer, más dócil que ayer, vestirlo no es difícil y lo visten; le ponen un saco que alguna vez fue gris sobre una camisa leñadora que le va grande, y un pantalón gastado, de lana. Es su cumpleaños y alguien, no importa quién, lo recuerda, ese es su regalo: lo visten de José.

José, párpados hinchados, ojos rojos, heridos por la paz, por los sedantes, no entiende por qué lo sientan en la silla de ruedas y lo llevan a dar un paseo por el parque. Tampoco entiende dónde está.

—Tres novelas publicadas, libros de cuentos, varios ensayos sobre América Latina, integrante de equipos de investigación que estudian los procesos sociopolíticos del continente, visitante permanente de universidades de Brasil y Estados Unidos, con una extensa trayectoria en el campo de la literatura y también en el de la ensayística sobre la realidad de nuestros pueblos, hoy está con nosotros en “Historias” José Torre...

—Nuevamente, gracias, José. Llegaste hace un par de días, estuviste muy atareado con la presentación de tu último libro y te acercaste a la universidad para participar del congreso sobre descolonización que se está

desarrollando hasta el sábado. ¿Siempre es así? Me refiero a tus estadías en el país.

—Sí y no, siempre que vengo me doy tiempo para estar con los amigos. Aquí en Salta están mis historias más queridas. En Argentina, en realidad. Participé de esas jornadas en la UNSa y el sábado viajo a Buenos Aires y de allí a Córdoba. Vuelvo a fin de mes y por una semana estoy libre libre y después regreso a mi casa.

—¿Salta ya no es tu casa?

—No, no, por ahora no puede serlo. Si resuelvo un par de temas, quizá retorne pensando ya en cerrar un ciclo y entonces me quede, y si me despierto una mañana con una sonrisa plena... Habré vuelto.

—Voy a hacerte una confidencia a vos y a nuestro público. Leí algo tuyo hace años, una edición de bolsillo de “Hasta que salga el sol”. Quedé espantada y maravillada. Y no sabía si quedarme en el espanto o con la belleza con la que contabas. Creeme que eso de la lectura desprejuiciada no es viable, por lo menos para mí. Ese ambiente que creás es asfixiante y, sin embargo, una sigue leyendo quizá porque queda atrapada por la historia y también por las figuras, los recursos literarios y debe tomar aire, cada tanto levantar la cabeza del libro, para continuar. Hay en tu narrativa una tensión entre lo que se cuenta y la forma en que se cuenta. ¿Cuánto descubriste esa manera de decir?

—Mirá, nada o casi nada es consciente. Empleás bien la palabra descubrir. Esa epifanía se da en algún

momento. Estás leyendo algo de lo que escribiste y encontrás algo que no escribiste o que no quisiste escribir, que te sorprende, o un lector se acerca y te habla de algo que él leyó en lo que escribiste, y te lo cuenta y te sorprende. Quiero decir, y perdóname la deriva, no lo sé. O para no ser tan insolente, es permanente ese descubrimiento. Cuando escribo, lo hago de un tirón. Va saliendo la historia que ya conozco, lo que no conozco es cómo la voy a contar. Y aquí no te estoy hablando de novelas de tesis y toda esa historia. No.

—¿Qué es una novela de tesis?

—Uh, es un tema embarullado. Ponele: quiero contar la opresión de la clase trabajadora, y escribo en función de eso. Quiero demostrar eso. A través de una novela. Bueno, así no funciona. Por ahí, cuando digo que conozco la historia, me refiero a que conozco dónde estoy parado, y quiero hablar desde ese lugar. Y entonces se da esa cosa de la lectura que se amplifica porque ese piso lo compartimos muchos...

—Estamos en “Historias. Diálogos con ojos abiertos”... y hoy compartimos historias con José Torre, escritor. Una mínima pausa y volvemos.

*Mirá, allí hay un agujerito, y entra luz. Sólo se trata de llegar hasta él. Si me hacés puentecito con las manos
llego.*

Deja su lugar en el camastro, se para con dificultad, apoyado en la pared y dice: “¿Y para qué? ¿Para que veas que del otro lado no hay nada?”. Intenta que su voz sea otra. Vuelve a sentarse luego de dar dos pasos, la celda está

fría, y la tos y esa incomodidad en la garganta vuelven a ahogarlo. “Mierda”, dice bajito. Nunca le gustaron las malas palabras y las dice bajito, herencia del colegio de curas. Dale, no seas ortiba, ayúdame y nos turnamos y los dos vemos qué hay afuera. Ese agujerito está allí. Es una invitación. Intenta pararse para contestarse y una tos, incontenible esta vez, lo deja tendido en la cama de una sola frazada, de esas grises, baratas. Boludo, boludo, se repite bajito. Dejé de boludear y abrígate. Recoge como puede la colcha y se envuelve en ella. Desde la cama con los ojos llorosos y la tos que de a poquito va cesando mira, entre temblores, el agujerito cerca del techo.

—¿Desde cuándo estás fuera del país?

—Desde el 83. Pero quisiera no ser tan lineal. Déjame que me explique. Salí del país, literalmente, en febrero de 1983. A fines de enero de ese año me habían liberado después de 8 años. Es decir, estuve fuera de todo desde el 75. La última vez que vi mi barrio, mi casa, fue en marzo del 75. Lo que vino después y hasta que me liberaron no puedo considerarlo “estar en el país”... Es enrevesado, pero ahora puedo verbalizarlo así...

—Sí, entiendo, de hecho, tenés una novela con ese tema, con el estar sin estar... en el país, ese interregno en la cárcel. Y no en cualquier cárcel...

—La ficción puede intentar, como hablábamos hace un rato, una costura gruesa de nuestras partes...

—Entonces lo que se dice en alguna biografía que leí es exacto hasta cierto punto, no te exilaste durante la dictadura, fue después...

—La dictadura llegó hasta diciembre del 83, o si querés hasta el 30 de octubre de ese año, de modo que sí, me exile durante la dictadura. Nueve meses antes de que concluyera, para ser exactos. Lo que querés puntualizar, creo, es que estuve en la cárcel de la dictadura durante la dictadura y, agrego, también en el último año de Isabel. Es decir, me fui del país después de que me encontraran y encarcelaran. Hubo muchos que, como yo, estuvieron encarcelados desde el 75. Y pasamos los años de la dictadura adentro. Y quizá eso nos salvó de morir. Suena macabro que la tortura y la cárcel nos hayan salvado, pero viendo lo que luego pasó creo que fue así.

*El sol alto, más pequeño que nunca, ojos ausentes, nublados, intenta hablar, decir que... que el poema más hermoso es el que vuelve ciegos a los hombres. Él lo conoce, mirar el sol, la luna... Lo sabe. Él estuvo, está ciego. Él supo, sabe que no todo es en el círculo, quiere decirlo; decir que se puede huir, hallar el centro y con él, desde él, romperlo, romper el círculo. Él quiere decirlo, pero su lengua está hinchada y adormecida. Apenas consigue mover los labios en un gesto idiota sin articular palabra.
No puede, la palabra.*

—Dejame entender... Entonces no contabilizás la cárcel como parte del exilio, porque claramente no lo fue, pero tampoco la considerarás como parte de tu vida en el país... Y aquí quiero sumar algo de uno de tus relatos, leer algo... Sarjo, el personaje de “Días en

pausa”, dice: “Déjame hablar, no me interrumpas, déjame hablar y que fluya algo que se pueda escuchar. Déjame que me escuche diciéndote lo que puedo decir acerca de lo que pasó. Por favor, escúchame así me escucho”. Sarjo vive en una irrealidad permanente y lucha por decir lo que ocurre, lo que le ocurre. Cree que haciéndolo algo va a ser legible. Esa pugna entre la palabra y la “realidad real” quiere dar piso a esos años de tortura y oscuridad. De hecho, en tu novela, el escenario del encierro es oscuro. ¿Qué es, qué fue estar encerrado? ¿Podés decirlo?

—Había en el pabellón un chico muy jovencito que padecía alucinaciones todo el tiempo, o casi todo el tiempo. Cuando no alucinaba, lloraba. Era flaquito y se fue muriendo de a poco, no pudo quedarse en la alucinación. No sé por qué extraña razón volvía a la realidad de la celda y eso lo fue matando. Era impresionante verlo en su locura, lo salvaba de morir, pero no podía quedarse en ella. A la vez, esa locura lo iba separando de su cuerpo. No dormía, no comía. Yo lo veía desde mi celda, lo escuchaba desde mi celda. Estar encerrado, de por sí, es una violencia extrema, pero si a eso le sumás lo que se vive allí... lo que dejaste afuera, lo que pasa afuera... Y ese tiempo sin tiempo.

antes fue que llegamos a nublarnos perdernos el tiempo pasó y es como entonces vacío puente a la nada desatarnos desprendernos intentar la intemperie lo interminable lo simple ojo cerrado reloj de agujas rotas nudo en el

círculo habitado caminar. lo inexplicable simbiosis de podredumbre rencor de silencios contenidos aliento denso oscuro fue y no escombros alienante no puedo dormir soñar sentir lluvias el sol mojado de invierno sensación irrenunciable habitantes distraídos la mesa con libros las piernas cruzadas un lápiz negro la punta quebrada escisión sin razón obvio como el insomnio que ahoga, habita. Día tras día un silencio en la piel que hiela porque llega otro día y el que es no se calla no cae ojos que aun sin ver vean dónde ser

—No, no te puedo decir qué es estar encerrado. Porque uno permanece encerrado. Cuando escribo, de alguna manera quiero contar lo que es estar allí. A la vez, y aquí voy a ser deleuziano, uno vuelve desde la esquizofrenia, y escribe. Y aquí esa esquizofrenia es material. Volver a ese tiempo y recuperar con palabras algo de lo que pasó en ese lugar es riesgoso. O, más claro, un escritor es un esquizo que puede volver y hablar de lo que vio y escuchó. Cuando no volvés, estás loco. Y no escribís, no podés cifrar esa locura porque prescindís de la gramática, lo más lógico... lo más racional. Y estás aislado. Encerrado en un silencio poblado por muchas voces.

paso sobre paso ojos abiertos un punto en el silencio en el instante irrecuperable un latido en el último fragmento

Las vueltas de la vida

—Buenas... la parada del colectivo Chávez, ¿sabe dónde queda? Ah, meta, seguí nomás. Así te va a ir en la vida... Como si fuera fácil preguntar. Chango idiota. Y qué le voy a hacer si estos no saben que una tiene el sueño corto, y liviano. Y que lleva despierta en la vida más que cualquiera de estos, changos maleducados, y apurados, siempre apurados. Que los pantalones esos con las botas anchas, que el bigote, que la camisa con estampados y muchos colores. ¡Velo a ese! ¡Para colmo el pelo largo! Si hasta los más pobres andan así, igualitos. Albañiles, dependientes de las tiendas, carpinteros, hasta los zapateros, en bicicleta, todos esos llegan a sus ranchos y se pegan la enjuagada y ya están con esos pantalones ridículos. Ay, ¡y los tatas qué hacen! Bueno, esos por lo menos trabajan, pero los otros, ¿los vagos que los viven a los tatas y que no saben lo que es levantarse a la madrugada para ir a trabajar? Yo, por un decir, me levanto hasta cuatro veces en una misma noche. Y eso que duermo cuatro, cinco horas lo más. ¿Para qué más? Y sí, a las 11 ya estoy en la cama, y doy vueltas y vueltas hasta que me agarra el sueño. Que pueden pasar hasta dos horas a veces. Y es que a veces se me da por prender la radio y me pongo a escuchar tangos y boleros, o románticos, qué lindo programa ese, con Sergio Ricardo. Y ya estoy pensando en las cosas de antes, en el patio de la casa de mi mamá, todos colaborando, los siete que somos de ese matrimonio de mi padre, que él ha sido

un hombre saludable y ha andado teniendo otros hijos por ahí, pero ese es otro cuento. Bueno, los siete ayudando a la mamita, ella haciendo la punta, apenas salía el sol o la luz dibujaba el algarrobo grandote del patio. Ya estaba pegando la barrida con las palmas esas, las hojas anchas, que eran de verdes, todo el año verdes y gruesas esas hojas. Ya tiempo después me he enterado que no eran de por aquí, pues, esas plantas. ¿Qué había sido?, que las han traído los turcos cuando se han venido para el monte, claro, ellos ya estaban sabiendo y parece que extrañaban su pueblo, sus ranchitos de allá. Ya habían traído esas plantitas que habían resultado de útiles. Por ahí yo me las agarro con el Patricio, el más chico de mis hermanos, porque ese changuito andaba a la risa y no hacía nada, parece que la vida era gratis para él. Ese, ¡ese cómo jugaba con la palma! Y hacía un estropicio, que mejor era que se mande a mudar. Pobre Patricio, cómo le peleaba yo cuando era changuito... ¡es que no servía ese chango! Entonces en esa duermevela me paso recorriendo lo que en el rancho hacíamos, y me acuerdo de cada uno de mis seis hermanos, yo soy la del medio, pues, pero de las mujeres, la más grande, que ahí he aprendido a atenderlos a mis hermanos y a revolver la olla con el palo de mover la olla. Te imaginas lo grande que era esa olla. Si nosotros nomás éramos nueve, con el papá. Y también en la ranchada estaba la tía Jasmina con sus hijos, sus cinco hijos, y su marido, y más atrasito los hijos del Goyo que vivían solitos los tres, con el Goyo, claro. El Goyo se ha quedado solo y

no se ha vuelto a juntar. Que la Juana se ha mandado a mudar, decían, que se ha ido con el feriante que vendía esas baratijas y caía por el pueblo cada mes, para fecha de pago. Claro desde que la Juana se ha ido ese hombre no ha vuelto a pisar el pueblo. Y me levanto dos, tres veces, fácil. Ay, me acuerdo que el finadito también se levantaba de noche para ir al baño, que uno cuando es jovencito no sabe, no entiende cómo es la cosa. A ver... éste parece más caballero.

—La parada del ómnibus que va a Vaqueros, ¿sabe dónde es? Ah, bien, gracias. No sé para qué viven en Salta si no conocen las paradas. Velo a éste, qué se ha creído. ¡Que no sabe porque no usa colectivo! ¡Ay, si hay gente para todo! Bueno, si sigo caminando por esta calle voy a llegar a la terminal. Ahí seguro que está el palo con el número. O no, pues, si adentro de la terminal está el andén del que va a La Caldera que es el mismo. Ay, qué tonta que soy, ¿si tengo que preguntar por el Chávez que va a La Caldera! Ay, pero esa terminal, tan oscura y llena de gente rara. Una vez un loquito de esos del Cristofredo, lo más pancho, rascándose los mellizos... en serio, no estoy diciendo nada que no sea cierto. De sucio y rascándose pero con ganas. Parece que tenía pulgas. Pobrecito. Descalzo estaba, siempre andaban descalzos y sucios... Pero lo que es malo son las várices, cómo duelen. En fin, para qué acordarse. Aunque ahora dicen que hay unas cremas que traen de Bolivia que son de buenas... tipo Mentisán son. Ni para enfermarse está. Si está todo tan caro, el otro día he ido

a comprar al Súper Salta, el que está a la vuelta de la Catedral, en la Belgrano y Zuviría, y no me he dado vuelta y me he ido ahí nomás porque el Viejo estaba esperando que cocine el pollo al horno que tanto le gusta, con papas doradas lo hago. ¡Ni pollo se puede comer ya! Después se quejan de la guerrilla, ¡qué guerrilla ni qué San Benito! La inflación, ¡de la inflación hay que quejarse! Lo que es yo, siempre le rezo a la Virgencita por la Isabel. La Isabelita está haciendo todo mal, dicen. Qué saben, hay que ser mujer para entenderla. ¡Lo que habrá sido atenderlo al General! Lo que habrán sufrido lejos de la Argentina... Decí que ella es buenita y paciente, porque el General ya era un hombre grande, ya viejo cuando la ha conocido. ¡Ah? ¡La Evita? Sí, claro, pero no era tan viejo entonces. Ahí la cosa era la diferencia de edad. Pero está bien que el hombre sea mayor. 50 habrá tenido él, y ella 26 añitos tenía, recién cumplidos. Claro que 20 años de antes eran como los 30 de ahora. ¡Qué bonita que era! Y el finadito que me peleaba porque yo le ponía velas los lunes en el altarcito que había hecho con las otras viejas que a veces vienen a rezar las novenas. Claro, bien bonito hemos preparado, con su mantel blanco, ella en el cuadro ese grande que se ha salvado cuando no se podía poner su foto, mostrarla. Todo te controlaban. No, estaba prohibido. Y el Viejo que me peleaba de jodón nomás que era, si él la quería más que yo. Él tenía el carnet del partido y todo, con la foto 4x4. Ay, qué lindo que era el Viejo cuando era joven. Parecía un actor de

cine, los trajes le quedaban de lindo. Claro, el sombrero era lo que más cuidaba. Después cuando ya nos hemos casado y yo lo atendía, vieras lo orgulloso que estaba, de punta en blanco lo tenía. Las camisas, los pañuelos y hasta los calzones le planchaba. No, no, en ese tiempo no teníamos luz. Era con esas planchas que ya no veo que hay que planchábamos. Mi mamá me ha regalado una plancha de esas, chiquita nomás. ¡Cómo pesaba! Había que meterle las brasas adentro y tenía una cosa así como de dientes en la tapa, y agujeritos para que respire la brasa. Y la agarradera era de madera, con un trapito teníamos que agarrarla. De fierro, eran. Yo lo he conocido en el centro, él era nacido en Tucumán. Y recién había llegado a Salta. En el ferrocarril trabajaba. Para eso lo han traído. A ver, este hombrecito debe saber... ¡Velo al opa! Que no hay Chávez ya. ¡Ay! si hay gente que más vieja y más pelotuda, con perdón. Sí, yo de joven no era lengua sucia, eso sí, siempre he sido así, directa para decir las cosas. Pero una se va haciendo vieja y tiene menos paciencia, y una puteadita no está mal para no tragarse las cosas que hacen mal después, a la larga. En fin, ya voy a llegar a la terminal. El Viejo era tornero, en los talleres de la estación de trenes trabajaba. Claro, yo en ese tiempo iba a la academia que quedaba en la Florida, cerca de Cabana, corte y confección estudiaba. Ya había hecho dactilografía también. Y en la plaza ha sido que me ha preguntado por una heladería, se notaba que no era de aquí. No sé por qué, pero se notaba, yo estaba con la Dorita, mi

vecina, que todo lo hacíamos juntas, los cursos, las novenas, todo. Y entonces ya el viejo me había echado el ojo. ¡Lo que era antes! No se andaban con tonteras... Que al mes ya me visitaba, y mi papá era estricto, cortito lo tenía. Ay, cómo lo respetaba a mi papá. A ver, esta vieja debe saber, va a ser la última y ya no pregunto más, que parece opa una de tanto chambonear. Señora, señora, ¿me escucha?

La luz del mediodía de lleno en la cara recostada sobre el vidrio de la ventana, el teleférico, el cerro con cientos de antenas, los chicos con los celulares y las mochilas, en el parque... y la cara de la chica que maneja el 6C, preocupada, y esa voz: señora, señora, ¿me escucha?

Las manos

uno

Estoy esperando detrás de la puerta que se vaya, las manos contra la chapa, espiando por el agujero del pica-
porte que no está. La radio apagada. Nada de ruido. Sólo el de la llovizna sobre el techo. Hoy tampoco he visto la mañana. Son las tres de la tarde. Llueve y hace frío, mucho frío. Y casi me mando una macana saliendo sin mirar. Casi me topo de frente con el dueño. Hace una semana que me ha dicho que si no me pongo al día que me vaya. O que pague y va a ver si me puedo quedar. Que no es así, que dónde se ha visto, que será bueno, pero lo toman pa' la chacota y no hay seriedad ni respeto por la palabra empeñada. Todo eso ha dicho, y sin mirarme. Habla de memoria, como si estuviera recitando la lección en la escuela. De memoria. Casi me he topado de frente con el tipo muy bien entrazado que me pregunta, cuando estamos al día, "¿Y...? ¿Cómo va la familia?", y sigue hablando un rato y uno se siente acompañado por el tipo que a veces parece un cura, por cómo habla. Casi me topo con él de pechito hace rato. Y la verdad es que no tengo nada que decirle. No sé qué decirle.

Sé que el plan trabajar ha dejado de pagarse hace dos meses. Sé que en el corte, ayer, ha habido dos muertos. Sé que la gendarmería está en el pueblo de nuevo.

Por suerte, las chinitas se han ido con la Gorda a la casa de unos primos de Salta. Yo me he quedado aquí para que no me boten las cosas a la calle como el año pasado. Trabajo, no tengo. Sólo prendo la radio, escucho las noticias. Y espero que se vaya.

dos

El brazo derecho se estira, la mano abierta, los cinco dedos sintiendo el agua fría, la otra, agarrada de la baranda, el fierro del último, se pone roja, el cemento también frío bajo la transpiración de la camiseta. El Quitupí se caga de risa, mientras el Chueco tirado de panza en el puentecito intenta rescatar la pelota que el Naso por salvar un gol pateó fuerte y ahora se va tranquila por el agua con el agua, no mucha pero sí fuerte, por el canal. ¡Dejala, Chueco!, había gritado el Chicho desde el costado. Claro, el Chuequito casi se cae al agua por hacer una maniobra rara para parar la chuti, como él es de goma y no se rompe, pero no ha podido. Y le ha hecho caso al DT.

¡Qué DT, qué jugador! No en vano está en el banco del Atlético y con los más changuitos está armando el equipo del barrio. La pinta lo ayuda. 1,80 es una buena referencia, más si sos marcador central. Aunque la honda en el cuello desmiente esa prestancia de zaguero. “Mira chango —le dijo el Viejo Boni—, tenés que estudiar y saber escribir. Por ahí, a nosotros, brutos de viejos, no nos importa mucho, ahora ya no nos importa porque ya es así la cosa, pero ustedes tienen que

saber escribir y leer. ¡Cómo vas a anotar a los changos en el campeonato si no sabés qué estás poniendo? ¡Ah! Hay que ser vivo... para opas estamos nosotros”. Y lo anotó en el equipo de los grandes, en una de esas debuta en un par de semanas.

El Chicho es de Boca, y ahora juega en el Atlético.

tres

No sé cómo están las cosas en la ruta, toda la mañana sin radio. Está hecha pelota, tiene un solo volumen y es alto. Si la prendo, me deschavo y ya lo tengo al dueño en la puerta. Qué lo parió. Y no sé cómo va a hacer este hombre. Por lo menos no es como el del año pasado. Ese no me ha preguntado tanto, me ha cobrado dos veces y después ha roto el candado cuando hemos ido un domingo con las chinitas al río. Hemos vuelto a las ocho y ya estaba todo afuera y la pieza con otro candado. Y la Gorda lloraba y me puteaba, sonándose los mocos con la toalla de Cenicienta de la Ayelén, la Maribel pegada a su pierna y mirándome con pena... “Papito, ¿vos la querés a la mamá?”, me pregunta, mientras nos acomodamos a la noche en la casa de la Juana que nos ha prestado el alerito que tiene al costado de la cocina. Y yo la miro y le digo Sí, mucho. Pero bajito, porque la Gorda sigue enojada conmigo y no me habla.

Yo no sé si este dueño va a hacer lo que el otro.

Por las dudas, le he dicho a la Gorda que se lleve a las chinitas a Salta, que yo me quedo aquí, esperando.

cuatro

“¡Eh, Quitupí, baja a la playa y mirá si no está el Juan!; ¡si lo ves, decile que venga, pué, que no sea malo! ¡Que los changos vamos a hacer una vaquita y le vamos a juntar algo para el sábado!”, le grito todo eso de un tirón en un ratito, en el tiempo que demora el Quitupí en pasar con la bici por la cancha, por el costadito de la cancha donde estamos entrenando para el campeonato. Su mamá da pensión, cocina rico, y el Quitupí le hace las compras a la tardecita, cuando ya ha bajado el sol. Nosotros cuando lo acompañamos ya estamos sabiendo qué van a comer los trabajadores de la empresa mañana. Qué va a comer el Quitupí.

El Juan pesca solito, pesca de memoria. Mataco purito, es el arquero del equipo y vive con los otros indios a un kilómetro del pueblo. De chiretitos somos amigos, el Chicho también era del grado, en la escuela ha sido que nos hemos conocido. El Juan ha ido hasta el segundo, no más. No se acostumbraba.

cinco

Lo han muerto al Chicho de la María. En la ruta.

Yo me voy al corte a la noche, tarde. Tomo unos mates, como un guiso, me quedo con los changos hablando macanas toda la noche. Despiertos, hablando de lo que hacíamos cuando éramos más changos, de la escuela, de la cancha los domingos. Hablamos para no

dejarnos dormir, para no dormirnos. Hablamos y esperamos. Vuelvo a la pieza a las siete. A veces no viene y puedo salir y andar un poco al mediodía, verlo al Pedro o jugar con los críos de la Teresa. El Fermín me trae comida desde la olla que tenemos al costado de la ruta, en la bici, en la vianda, o a veces le saca la moto a alguno y se viene con el Pedro, que es gremialista, y nos encerramos en la pieza y mientras como fuman un armadito y me cuentan qué pasa con los municipales y los de la empresa que se han unido a nosotros, los desocupados. El Chicho tiene dieciséis. Guiso de fideo o por ahí una polenta traen. Tendría que caer por la pieza de la María. Un ratito, por lo menos. No sé. Y el dueño que no se va.

Se pone a revisar el alambrado, o se va a ver los baños del fondo, parece que quiere cambiarles las chapas de las puertas, o darles una manito de pintura.

Dieciséis años.

seis

La manito se desplaza por el borde del asiento del columpio, por el rectángulo que forma el fierro que enmarca la madera verde, recién pintada. Siente el frío del metal y su carita de seis años, cachetes colorados, transmite una paz también pequeña, como sus pasitos, sus manitos.

Ella es así, vive en su mundo. La abuela dice que la sopló un ángel cuando ha abierto los ojos y que por

eso se distrae en cosas chiquitas y mira de otro modo, como ahora.

Mientras tanto, la Maribel corre con los primos y ya se ha bajado del sube y baja de nuevo, dejándolo al Alfonso a los gritos bien agarrado del fierro ese para agarrarse pero abajo, ¡qué gracia tiene!

siete

Estoy esperando detrás de la puerta, mirando por el agujero del picaporte que no tiene. Y entra un frío, la mano apoyada en la frente, en la chapa. Y afuera se escuchan tiros y la lluvia pega finita en el techo. El dueño está loco, si no ¿qué hace aquí? Por qué no se va a su casa a ver TN o Crónica, así sabe lo que pasa en la ruta.

Él dice que la gendarmería le cuida el negocio que tiene en el centro, la mueblería. Dice que la policía y la gendarmería le cuidan su propiedad cuando los negros de mierda hacen quilombo. Él lo dice a los gritos, aquí en las piezas. Y nadie le dice nada, ¡qué le van a decir!

ocho

El Juan pesca de memoria. Marrón en el río, Juan es de arena, esa que nos devuelve —cuando la sentimos— a nuestros gritos en la playa, toditos los changos jugando a la orilla y esperando que sus hermanos nos den unos sábalos, que sacan muchos con esas redes que tienen, hechas con ilhu. Que nos den un poco para llevar a la casa.

Tiene más o menos la edad del Chicho y ha estado dos veces en Salta, Juan. Primero, cuando era chiquito y ha ido a parar al Hospital de Niños, tres meses ha estado. Claro que eso no vale, porque ni siquiera ha visto el centro. Esa vez ha traído mucha ropa y zapatillas nuevitas.

Y después ha ido hace poco. Ha ido a buscar a su papá, al Anselmo, porque no volvía con la Fabiana. Y cuando ha vuelto estaba triste y soñaba triste porque lo ha visto llorar a su papá.

nueve

Llueve y hace frío, seguro que en Salta también, pero el Raúl tiene gas y tiene estufa y las chinitas deben estar meta que dale con los dibujitos en la tele, metidas en la cama con los primos. La Gorda, tomando mate con la Felisa. El olor a los gases está en todas partes... como este tiempo, como esta llovizna sobre las chapas.

diez

Imaginamos el pasto desde aquí abajo, es verde verde. Hacemos así. Nos tiramos de panza a la siesta en la canchita y al ras del suelo, la pera apoyada en la tierra, miramos apenas por sobre el suelo, los ojos casi cerrados, el pasto verde verde. Todos, desde el arco para adentro de la cancha, miramos. Estamos un rato largo hasta que alguno se levanta y se sacude la tierra y empezamos a jugar a la pelota.

once

Desde que ha vuelto, anda raro el Juan. Ya no se junta mucho con nosotros.

Él sabe contar los sueños. Cuando los cuenta, todos los chiretes nos tiramos en la cancha, los brazos, las manos, los dedos entrelazados debajo de la cabeza (formando orejas enormes) y panza arriba, mirando las nubes. Él dice que las cosas son de los dueños y no de los hombres, y también dice que los sueños son de verdad porque tienen un tiempo y nos ocurren. Y si tienen tiempo y nos ocurren es porque pasan y son. Cuenta que el algarrobo, el cebil, la chuña, los pájaros son personas como nosotros.

La mamá, cuando le he contado, me ha dicho que lo escuche al Juan porque su papá sabe mucho y su gente sabe mucho, calladitos como son. Igual, yo creo que la arena en la playa es parte de los cuerpos de los indios. Que el río es de donde vienen ellos y sus sueños. Y del yuchán, de donde nace el río y el agua. Yo le creo al Juan.

doce

La han traído a la Fabiana en un cajón, en la ambulancia hasta Tartagal y después en el camión de la muni. La han llorado y la han enterrado.

Juan ha ido a buscarlos porque el Anselmo no volvía con la Fabiana. Raúl los ha ido a ver al San Bernardo. Tres meses han estado en Salta. Ella, en el hospital y él, en un hotel para los indios o en una silla al

lado de la cama de la Fabiana, o a veces ha dormido en alguna plaza cuando se perdía y no sabía cómo llegar al hotel que está lejos del hospital. Ha estado Anselmo semanas sin cambiarse de ropa, sin bañarse. Es difícil, cuando no hay ropa limpia y no se sabe qué pasará mañana. Ese mañana que no llega y se va corriendo para adelante, y uno está en un hoy enorme, y espera.

La Fabiana se iba acabando de a poco, me ha contado Raúl, que lo llevaba al Anselmo a bañarse cada tanto a su casa. Y Matías tenía tres años cuando lo besó por última vez. Cumplió 4 hace unas semanas. El día de la madre, una señora que ha venido de afuera allá en la sala del hospital le ha entregado una flor, como a sus vecinas de la pieza, y la Fabi ha vuelto a soñar con su hijo.

Chewoyé, ma, ij, wichi son algunas de las palabras que ha aprendido el Raúl estos meses de estar con la Fabiana y el Anselmo.

¿Cómo será el sueño de la Fabi? Ella dormía sobre un colchón de aire porque la espalda... Y una noche ya no despertó y no miró más.

¿Cómo y dónde está la Fabiana? ¿Está con Matías? ¿Está en el Chaco de sus 20 años?

trece

¡Dale, Cachilo! ¡Traelo al mataco! ¡Que si no está al arco nos vamos a comer una goleada! Ahorita mismo

debe estar en el río. ¡Que venga pué! Decile que le vamos a juntar la plata para el sábado. ¡Que no sea desconfiado!

catorce

Cuando se vayan, vamos a tener que empezar de nuevo en el pueblo. Lo están dejando a la miseria. La María me ha contado que fueron balas de verdad, y que el Chicho ha corrido unos sesenta metros con la puntada en la espalda, y que cuando ha llegado a la orilla del barrio se ha sentado solito. El resuello calmo, los ojos rojos por los gases y la bronca y el pañuelo húmedo sobre la boca. Y estaba acabándose a los 16, estaba cortándose este chango que juega como los dioses a la pelota. Pero no le aflojés, Chicho, ya tocan el silbato y vamos ganando la final con el Atlético. ¡Huevos, chango! Miralo al Juan, está entero y eso que lo han revolcado todo el partido. Lo que ataja ese chirete. Tendríamos que traerlo al Atlético. Pero vos lo has llamado y juega en tu equipo del barrio, de changos más chiquitos. Pará, pará un cacho... ¡Si éste es el campeonato de la Liga departamental! ¡Qué hace el mataco en el arco? Bah, no nos distraigamos que estamos jugando el descuento y ganamos 1 a 0 a estos grandotes que nos ganan siempre y nos tenían de hijos hasta hoy. ¡Dale Chicho, no le aflojés que ya termina! La María se ha ido apagando en el relato y se iba con ella la voz y se me han colado otras historias y yo las escuchaba con ruidos, pobre, ha llorado tanto que su voz está más ajada

que de costumbre. Voz de urpilita mojada. Y entonces hay otras que la ayudan a contarme lo que ha pasado, lo que pasa. Voces que han salido del monte y del río. Los dueños han sido, seguramente, los que han soltado las palabras para que las escuche y para que la María me cuente. Dice que le han dicho los que han ido por su casa después que el Chicho estaba a la orilla del barrio sin palabras en la boca y con los ojos rojos y húmedos... que el Juan lo ha levantado y ha caminado un poco pero el Chicho pesaba mucho con su metro ochenta y que otros changos los han visto y lo han ayudado al Juan que por la llovizna o por los gases también tenía los ojos rojos. Y que la mamá del Quitupí ha pegado el grito para que no se demoren con la compra, ¡qué se piensan!, ¿que una está jugando? Corriendo vayan, carajo, hace una hora que ha salido este chango y miralo, con la bici y la bolsa al costado de la cancha, jugando a la pelota. ¡Trompeta! ¡Changos del diablo que no hacen caso! ¡La pelota les voy a dar de comer! Y el Chicho se ha preocupado, y le ha dicho al Quitupí que se deje de macanear y que no la haga renegar a su mamá porque si no capaz que no les dice a los de la empresa que los ayuden a ellos, los changos del Estrellas del Norte, con la camiseta. La mamá del Quitupí a los gritos... y con un palo en la mano. ¡Qué cana!

Había muchos ahí, desparramados, golpeados. Es que han entrado al pueblo, no se han quedado en la ruta. Han despejado el corte, lo han hecho mierda y ya

no alcanzaban los palos y las hondas y en el quilombo se escuchaban los tiros... y el humo, y el gas...

¿Por qué no se van?

quince

Las manos de la Fabi son hermosas, tiene los dedos largos y las uñas bien curvaditas. Raúl le ha traído cigarros y coca al Anselmo, que cuando viene a visitarlos se va a caminar un rato por ahí, afuera del hospital. Y ha traído esas toallitas húmedas para bebés que la enfermera le ha dicho que compre. Con el Anselmo, le limpian la cara, los brazos y las manos, dedo por dedo, a la Fabi que los mira sin entender muy bien qué pasa...

dieciséis

Las abejas están haciendo ese ruido que hacen ellas, el panal está cerca, nosotros, las orejas bien abiertas, hemos caminado en fila por el monte. El Juan conoce y el Chicho ha dicho que sería como un entrenamiento esta salida. No es la primera vez, pero sí es la primera vez que no es solo ir a buscar miel. El Juan adelante, la yica cruzada, cada rato mira para atrás y nos dedica una mirada de esas que tiene él, que uno no sabe si se está riendo o te está retando. Los ojos del Juan son muy decidores. Pucha si lo serán que la Herminia dice que son los más lindos del pueblo y de las casas de los indios. Pero no le damos bola porque la Herminia se enamora todo el tiempo y nos pelea cuando la Juana

nos invita a tomar mate cocido con bollo con chicharrón en su casa. En el grado somos 15 no más, y la Herminia es la más grande. Todos mezcladitos tenemos que preparar el acto del 25. Y don Gregorio, el abuelo del Chicho, saca el violín y empieza a hacer música para que bailemos, la guitarra y el bombo vienen a ver qué pasa, solitos.

Con música de fondo

El residente se distrajo pensando que no había nada para comer; se distrajo, digo, de lo que lo ocupaba desde hacía varios días: no dormir. No sabremos si esta ocupación era para preocuparse o simplemente se desenvolvía como una más de las muchas que sin saberlo se le iban amontonando en el círculo de pasiones que inútilmente vagaban por la pieza desde que decidió irse para siempre de la realidad.

Por lo menos, en términos legibles, estaba vivo y eso, tratándose de él y de estos tiempos y de esta tierra, era mucho.

El odio de los que saben que no hay nada o, mejor, que hay nada en la muerte se diseminaba en torno al muro que separaba lo que era —es— Palestina de Palestina desde no recordaba cuándo. Detalles que lo inquietaban cuando intentaba entender, de eso hace tanto, por qué el odio era tan material y no se quedaba en la palabra odio, como pasaba con la palabra amor que muchas veces era sólo eso, una palabra sin cuerpo, sin cuerpos. ¿Habría de entenderse algún día la razón de su obstinada soledad habitada sólo por música? ¿Habría de repetirse como cuando escucha una y otra vez la Sinfonía 1 de Beethoven? La obertura, la tensión en ese mundo que se desplegaba en imágenes. Allí ya se insinuaban las fugas que en la 9 despertarían para siempre su sed de sonidos armonizados, y en fuga. ¿Todo sería así de cerrado siempre? ¿Escribiría obstinado no

sólo en la soledad sino también en la búsqueda de esa fuga que lo dispersara del ahora y lo obligara a no verse por horas, ni a respirarse en ese su olor tan de escritor que a escasos días de morir aún sigue buscándose en el rumor de la palabra o palabras que no llegan?

Y afuera, ¿cómo se dice ese afuera? No te dejes caer de la breve respiración de un poema, no dejes que el aliento de una fosa te distraiga del vuelo, no quieras volver a ese otro espacio en el que descubriste que el escribir te aleja de la tristeza y de la soledad no buscada —eras un niño asustado que no tenía quien le diga que no tema, que todo estaba bien, que todo está bien, que fue una pesadilla, una pesadilla que ya no recordarás cuando la luz del sol ilumine tu día y haya papá y mamá y hermanos en el tiempo exacto de juegos y risas.

El café amargo, el café lavado de las 4.58, ya con la inminencia de la luz que entrará por tu ventana abierta a esta, por ahora, noche que te permite irte. Siempre te vas, es parte de tu juego. Ella debería haberlo entendido, pero no. No hubo modo de comunicarlo. Ni ganas. Es que eso tan triste que te asfixia desde que te dejaron solo de este lado lo envolvía todo y la Patética en el piano de Beethoven, suponiendo que Beethoven toca el piano en esta pieza que escuchas tan pobrementemente iluminado, es... ¿Cambiarás de lugar cuando el sol llegue? Quiero decir, ¿dejaras la máquina y dejarás de escribir? Ya pasaron varios cafés y los tomaste más por costumbre que por necesidad. Y ya no

hay más café. ¿Seguís pensando en matarte antes de que lleguen?

Los violines y los chelos también juegan y el contrabajo los escucha desde su voz algo apagada. Es así en esta ciudad que amás y que sin embargo convirtieron en tu cárcel, no trates de olvidarlo. No lo olvides.

De modo que lo que iba a ser un paseo por la letra muerta del libro, que escribiría para que vos lo leas cuando el tiempo o eso que nos lleva en su persistencia y nos devorara, estaba cambiando.

Ni una coma, habías dicho y tratabas de cumplir con ese norte que por extraño que pareciera te devolvía algo de seguridad. Django Reinhardt se desasía de la realidad en el arpegio desdoblado, Grapelli estaba allí para seguirlo y seguirse en esa manera alegre y cadenciosa de irse cada cual a su historia. Cosa rara, porque se iban y nos dejaban en las nuestras, en nuestras historias que distaban demasiado de sernos claras. Quizá porque estábamos en ellas. Este plural y esa “s” ausente en “quizá” también nos remitían a un refugio en palabras porque de hecho no íbamos a irnos (no había dónde).

¿Cómo se hace para irse de una palabra?

“The Drums”, en realidad “De Drums”, en vivo, la grabación es del 73. Este tema de Keith Jarrett hace más cierto que nunca aquello de que la base la da el contrabajo y la percusión, y lo escuchábamos despegar

con el piano, mientras fumábamos en la cama. Ella había conseguido el disco en una de las casas de la Corrientes que, además, o sobre todo, venden libros. Ocurría que desde que Cortázar había hecho lo que hizo con sus relatos y la música era habitual no solo encontrar literatura sino también este tipo de música en esa calle. Jazz, le decían. Veíamos despegar de lo hipnótico de la melodía que no acababa de decirse plenamente dibujada por el bajo y la bata el piano de Jarrett.

Entonces, no sé en qué momento, entraba el saxo en la conversación y el piano se sumaba a la base, y no. Se quedaba en la esquizofrenia, como el que escribe ficción, el escritor. Entraba y estaba afuera, era en lugares que entristecerían al más notable de los críticos de jazz, de literatura. Estaba en tránsito, en el umbral.

El saxo, no.

El saxo estaba libre.

Este ejercicio no sirve si uno no ha escuchado a Coltrane, a Parker y todo ese rollo que se desprende desde que la música negra dice lo que dice (aún no termina de decirlo: hay tanta voz en esa voz). Ella se mató tan bellamente, fue entonces. Y la base seguía allí, repitiéndose. No, no hablo de la música. Ella era ella y se mató realmente, decidió que se iría sin tanta mirada queriéndolo fijar todo, hasta el mínimo detalle, mirada que nos sustraía de la escucha a la que nos habituaba esta música que en el tocadiscos nos transportaba al Vi-

llage. Bellamente. Se mató bellamente. No, no corresponde decir murió. No quedó constancia. Por eso, la belleza: no era posible decirla, dibujarla, expresarla.

Era el saxo, ella era el saxo.

(Y mi impulso por dejar en algún registro esto que pasa, que me transportaba de ida y vuelta, de ida y vuelta como a veces pienso que hace el piano de Jarrett. A veces se queda más de la cuenta por allá, y eso es maravilloso. Uno lo sigue, uno pretende que lo ve, que lo escucha y en realidad es tan poco lo que puede ver, escuchar en esta rutina de comprar el disco, de leerlo, de saberlo limpiar, guardarlo prolijamente en su sobre de papel transparente antes de meterlo en el de cartón que tiene un arte que nos deja horas mirándolo, sin siquiera atinar a poner el disco. Como cuando uno compra uno de Blue Note, y pasa eso.)

Confundí a Syeeda con Naima, madre de Syeeda y esposa de Coltrane. A Syeeda, Coltrane le dedica en el álbum "Giant Steps" el tema "Syeeda's Song Flute". Es curioso, nunca pude tener ese disco, lo tengo en casete y es el único que se salvó cuando la bomba, la mudanza... Todos los demás se quedaron en la casa dejada, destruida. Te escribo y es como si estuviera escuchando, a partir de toda esta historia inútil que te cuento, a uno de los personajes de una novela que escribo. Es un tipo que sólo habla en términos "finales", porque cree (eso se sugiere, y quizá es cierto) que se va

a morir y pretende que todo lo que diga sea trascendente.

El personaje me lo sugirió un flaco que se extrañaba en los 90, conmigo, en inútiles digresiones. Era físico. Y nos conocimos en Beirut. Yo, entonces, era sólo argentino todavía. Y no respondía al nombre que Al-lâh guardaba para mí. Pedro se llama el personaje. Es triste escucharlo cuando escribo. Debe ser la música que...

Había que esperar. Y había un signo que desaparecía en el tiempo y en la espera (que es lo mismo). No sé cómo decirlo de una vez. Dejame que lo intente de nuevo. Vos en vos y el abismo que se abre y llama desde la puerta. Cerrada. El día afuera. Vos yéndote a la universidad, haciendo como que no pasa nada. Antes, en un antes anterior, tenías 30 minutos de viaje, después si pasabas más o menos en forma los controles demorabas tres horas. Y a veces no pasabas. Porque estaba cerrado el paso o los guardias de turno te humillaban más de lo que se puede soportar y preferías volver. Para que no te vieran llorar. Para no darles ese triunfo ruin, mezquino.

Y así, diciéndome en soledades y en lugares habituales, lugares que recordaba porque ese ejercicio, el de la memoria, era el único que me quedaba para tenerte aquí cerca, se iba yendo la noche. Más allá de la noche,

la noche y sus sueños que saben quién soy, y no. Se iban yendo.

“Summertime”, el Hammond, la bata, algún viento y la voz de Janis... siempre esa voz. A vos te gustaba esa versión. A mí me fascinaba la que hacían Ella y Louis. No había en realidad distancia. Los dos amábamos ese summertime. Eran momentos. Desde el día exacto de la luz y de la euforia. Luego fue, llegó Janis. La voz de Janis. Aullidos... el color de esa voz y esa alucinada tensión.

La guitarra de Madjid haciendo una rumba. Manu Chao se deja acariciar por las manos de América Latina. Parece un gigante. Es un gigante, la luz y energía son inconmensurables y su voz se cuelga todo el tiempo en lo vital de nuestra casa.

En lo que queda de nuestra casa.

La poesía de los dados

La respiración entrecortada, la sensación de calor y el olor a transpiración... tengo el cabello sucio, muy sucio y pegado a la frente. Transpirado, ese olor. Respiro por la boca, la nariz la tengo a medias, está tapada, sangre seca... ese olor agrídulce. No puedo sacarme la costra... tengo las manos en la espalda, atadas en la espalda. No puedo hablar, si tuviera algo que decir tendría que elegir entre respirar o hablar. Ya me toca, cada uno de nosotros tiene su parte del poema a la bandera y yo estoy tercero, y no sé qué decir. La señorita Serenella nos preparó para el acto en la escuela 20 de Febrero, cuarto grado, turno intermedio. "La bandera celeste y blanca, amada y clara luz...". Ya me toca y no sé qué decir, no me acuerdo... se me hizo un vacío en la panza, en la mente, tengo ganas de correr, de salir corriendo y estoy transpirando. Ya me toca. Ahí está mi mamá, que me acomoda la corbata con elástico y la escarapela un rato largo a la mañana, mientras me hace repetir el poema completo. Me dice si lo sabés entero es mejor, no solo un poco antes de tu parte. Total no es largo, así es más fácil, me dice. Me cuesta respirar aun por la boca. Esa cosa pastosa en la boca, el olor, la sequedad, la garganta la tengo seca. Calor, hace calor. O tengo fiebre. Mamá, ¿no tengo fiebre? ¿Dale que te fijás? No empecés, estás muy sanito vos. No tengas miedo, no pasa nada. Es un ratito. Pero es que capaz que estoy con fiebre y por eso no puedo decir el poema. No, no lo decís porque estás

pensando que tenés fiebre y te da miedo. Siempre pasa. Es normal. Ya va a pasar. Dale desde el principio. “La bandera...”. La Flaca tenía razón, esa casa estaba marcada. Mierda, espero que ella se haya avivado y haya escapado por el fondo. No, no eran muchos. Qué boluda la Mecha, ella no se pudo escapar, a dónde la habrán llevado. Estos son azulejos, debe ser una pared de hospital o un baño enorme. Ya se me están pegando los ojos, mierda. Está ajustada la venda, y para colmo esta capucha, hace calor y falta el aire. Hijos de puta, ¿para qué la capucha, si ya estoy vendado? Pregunta idiota, no, no son errores, son políticas y modelos. No aprendés más. ¿Vos pensás que el sistema se permite errores, que la devaluación fue un mal cálculo, que los despidos y no paritarias obedecen a no tener cintura política? Sí, ya sé, Flaca. Te quiero decir que no calcularon que se iban a tirar en contra a la clase media. Eso nada más, Flaca, y no te hagás la olfa que no da. Clase media, otro comodín de tu discurso bolche... Para un cacho, soy peronista, boluda. Peronista... Si vos lo decís... Um, dejame que te huela... Arpía, como tu venerada madre. Seguí con los lugares comunes vos, seguí que yo te exploro... Dejá, que me hacés reír y tengo que terminar el documento. Umm... aquí sos medio peronista, grasa, grasa, ummm, dejame que te indague por aquí. Umm, ¡qué cacho de Perón! Pará boluda, pará, que me hacés cosquillas... Me pica la cabeza. Necesito rascarme. ¿Hay alguien aquí?... Esta pared está fría y el piso también, debe ser un sótano. Sí, bajamos escaleras,

me caí un par de veces, y ese olor. No soy sólo yo, no es sólo mi olor. No soy solo. Me duele la espalda, y los brazos, seguro los tengo morados, se me están acalambando. ¿Y si no voy y vamos al parque y comprás helado, má? ¿Sí?, y qué más se te ocurre... No, en serio te digo, y entonces después vamos a la casa de la tía y juego con la Josefina y vos te ponés a tomar mate con la tía. ¡Dale? Dale, pero afinemos los planes juntos, ¿sí? ¡Meta! Vamos al parque, después a la tía y vos jugás con la Jose, pero mirá que la Jose va a estar en el acto y tu tía también. O sea, está bueno tu plan. Desde la escuela nos vamos todos juntos... Pero, pero... ¿si estás enfermo? Tendrías que meterte en la cama. No, ya estoy bien, mamá. Y claro... Cómo vas a estar enfermo con ese olorcito, estás muy lindo chiquito. Ahora te termino de poner el fijador y listo. ¡Impecable! ¡Mamá!, ¡no, no, cosquillas no, que me hacés reír, pué! Ya me van a llevar para interrogarme. Ramiro... a él le dieron en las piernas. Justo al Rengo Ramiro, cosas del juego de la poesía de los dados lanzados al azar o algo así. Pucha, ya estoy pensando en términos literarios. Mala señal. Ese olor... Estuvo bueno, el acto, la cagada es que no terminé de leer el documento consensuado. Se vino la yuta y cayó gendarmería. ¡Grupos armados, qué verso de mierda y repetido! Ahora resulta que putearlo al hijo de puta es sedición y que un par de militantes es un grupo armado. Podrían actualizar un poco el discurso. Actuaron en dos tiempos. Primero rompieron el

acto y después hicieron la razzia. Sí, la casa estaba remarcada. También los boludos no pudieron hacer las pintadas más lejos... Era como poner una flecha enorme, con luces y todo, con la leyenda "Casa de citas". Clandestinas, claro. Subversivas, claro. Aburrís con tu mala onda. No, Flaca, no es mala onda, ¿no te das cuenta de cómo estamos? Esa pregunta es retórica... ¿me lo decís en serio?, ¿querés que hablemos de cómo estamos? Ya te cabreaste. Y sí, bajá un cambio. ¿Para qué ulcerarte la vida? Ese gesto adusto, serio, me tiene los ovarios regrandes, bajá un cambio. ¿Si todo es una mierda pegate un tiro! Y dejá de romper. ¿Qué bárbaro, che!, ¿así vas a hacer la revolución? ¿Vos y cuántos amargos más? Te cabreaste. "La bandera, azul y blanca... mi bandera". Sí, estuvo lindo el acto, má, ¿la viste a la Colque? ¿Cómo cuál Colque? La María Colque, la del 5° C, estaba reproducida, rebonita. Bueno, ¿la viste, má? Es mi novia. El sol quema. Puta, sigo con las manos atadas, pero ese calorcito es del sol. Tibio, amable. Un día luminoso. Mami, ¿la Jose me pelea y no quiere jugar! Debo estar vivo. ¿Vamos a la casa, má? Mierda, la cabeza me estalla, seguro que este trapo de mierda es negro. El sol quema. Parece un tema de Manal, de Javier Martínez. El sol de los vivos me despierta. Me despertó. Mamá. La luz, ¿me prendés la luz, mamá? ¿Estás ahí? ¿Má?

iii- el color de los sonidos

Mañana a las seis

*Por qué tendré que amar
y al fin partir.*
Homero Expósito

Llega radiante. ¿Cómo estás?, dice, y se presenta: soy Martina, pero decime Mar. A la mierda, piensa él. El hábito de pensar en cosas viejas, no solo hechos del pasado sino realmente en cosas viejas, casi de museo o ya inexistentes, un tren a coche motor, un TDK en el que grabó a Janis Joplin, por ejemplo, y vivir a destiempo, en la misma frecuencia de silencio de esas cosas, no tenían prevista esa irrupción. Hola Mar, soy Andrés, ¿cómo estás? Pasá.

Cuando él quiere estar solo está solo. Sin embargo, eso no ocurre siempre, por allí hay un aire nuevo. Que respira. Vive. Y él quiere vivirlo, respirarlo. En realidad, querer no es el verbo. Deber, por ahí va la cosa, se podría decir: él debe respirarlo, pero no como una obligación externa sino como una necesidad vital. Algo así. Una cuestión de supervivencia, más allá de su voluntad. ¿Cómo se dice la soledad?, piensa entonces. Piensa en salirse un poco de ella para verla desde afuera, no para conjurarla. Sólo para verla, reconocerla, reconocerse.

Tengo que rendir Lengua de segundo la otra semana, ¿llegamos?, ¿vas a poder prepararme?

El sol, con minúscula, ¿cómo llegar a él sin quemarse? ¿Cómo mirarlo sin lastimarse los ojos? Sí, me

contó tu vieja. Decime, ¿en qué estás floja?, dice, y trata de no mirarla porque se dio cuenta de que la había mirado como a una mujer y se sintió incómodo. Catorce años tengo, paso a tercero si apruebo Lengua, dice ella, y lo desafía con la mirada. Y no, no puede evitarlo. Algo lo perturba. Pasá, sentate. ¿Tomás mate? Dale. Las metáforas de la desesperación habitan los dedos del que escribe con una dilección inconstante. A veces está, otras no. Y esa inconstancia es la que hace más tortuosa la espera... y la letra del que escribe. ¿Cómo se es a los catorce años? Ha tenido alumnos de todas las edades y cientos de 14. Chicos y chicas. Claro que en colegios. Y muchos en su casa. Pasa que hace tiempo que no prepara chicos. Está ocurriendo algo que no ocurrió otras veces, y él lo siente. ¿Qué pasa?, se dice.

Enseñar literatura y lengua en colegios, a eso se dedicaba. Renunció hace unos cinco años. Solo de tanto en tanto deja que lo ubiquen para ser de nuevo el profé. Renunció porque no podía con el tedio que llevaba por años en los ojos de ver siempre las mismas oraciones, los mismos silencios, y los indicios de otros mundos que fue descubriendo. En los últimos meses de su último colegio se había alejado de la gramática y se había acercado peligrosamente a la belleza de la poesía y del relato. Leían e improvisaban voces y representaciones. Las clases se desviaban a otros horizontes. Ya no era Lengua lo que enseñaba. La conciencia del tedio terminó por sacarlo de la rutina. Suena raro. Pero fue así. Es decir, por salir de esa órbita conocida y gris

quedó a la deriva. Quedaron a la deriva en realidad, los chicos incluidos. Y eso no era lo esperable en una institución formadora. Profesor, usted sabe que este colegio tiene un prestigio ganado en promociones brillantes. Usted mismo fue parte del proyecto desde el inicio. Perdone que le hable así. Pero siento que tengo la obligación de hacerlo, más allá de ser coordinadora de estudios. No tendría más de 24. Y le entristecía esa comodidad con la que Sofía se había adaptado al cargo que heredó de su abuela. La escuchó con la atención que les dispensaba a los chicos cuando le hablaban de lo tremendo que era ver a ese loco con cara de loco que leía tan bien. Llevarles videos de Laiseca leyendo a Poe fue parte del proceso de degradación que ahora le señalaba Sofía. La miraba sin rencor ni rubor, le parecía hermosa y le recordaba con sus gestos a la otra Sofía, a María Sofía, su compañera de Letras en los 90. Era muy seria esta Sofía, como su abuela, nada que ver con María Sofía. Cuida las formas, se dijo; de hecho, cuando se hizo cargo del colegio se presentó y empezó a tratarlo de usted a pesar de que él le contó que había sido compañero de su vieja, uso esa palabra, “vieja”, y sintió la incomodidad de esta Sofía cuando le dijo “le he de contar a mi madre, cuando la vea, que lo conocí”. Le conocí, remedó en su mente, que le conocí; hubiera quedado perfecto y más adecuado a la distancia elegir el “le” en lugar del “lo”, aunque es incorrecto hubiera sido adecuado a la situación, se dijo. Deben estudiar y

no ver esas cosas que perturban, le dice Sofía, repitiendo casi textualmente lo que le había dicho un padre que cuestionaba que trajera ese “material violento” para los chicos y que les permitiera copiarlo en sus netbooks; y ahí estaba el error, dijo otro padre en la reunión. Se incriminó dejando eso en las compus, aseguró con plena seguridad de abogado y fiscal.

Qué cosa ésta de pensar. Incriminar. Es todo un tema, piensa Andrés. ¿Está escuchando lo que le digo?, le dice Sofía. Perdón, me fui, me colgué. Le aseguro que no va a volver a pasar, le dice, permitiéndose tratarla de usted por primera y última vez. Se fue antes de que lo echaran. Y sin entender del todo cómo su desequilibrio propio había alterado tanto a tantos. No le pudo decir a esta Sofía lo que pensaba, creyó con mucho tino que no lo entendería. Claro que el desequilibrio siempre altera, es su esencia. Pensó. Y fue por entonces que decidió ejercitar el sano recurso de decir todo, como para entenderlo y luego elaborarlo al verlo expuesto. O mejor, escucharlo expuesto. Decirlo todo implicaba salirse de los discursos aprendidos por años de ser correcto y, a la vez, en ese proceso, una buena persona y mejor docente. No, no le alcanzaba. No eran vanos los años de terapia y de desprenderse o de tratar de desprenderse de esa palabra: años. Pero lo parecían. Borralla, le dijo Camila, su última psicóloga. Está siempre en tu boca. ¿Te jode el tiempo?, ¿“los años”? le dijo. Y eso hizo, o quiso hacer. Entonces se fue al carajo y recayó en el futuro chiquito, el de aquí a la vuelta. Son recursos, estrategias del cuerpo, que

tiene una memoria bárbara. No te preocupes. Ya vendrá el equilibrio, le dijo Camila mientras anotaba en su agenda la próxima cita.

Lo que no entiendo es el objeto directo y todo eso. En lo demás, estoy bien, le dice Mar. Y él vuelve. ¿Amargo? Sí, por favor. Anteojos, unas manos hermosas, dedos largos, una sonrisa limpia. Todo eso ve cuando la ve. Y no puede, no quiere dejar de erotizarse. Deberías hablar menos del tiempo y más sobre lo que ahora es, le dice Camila. Bah, hablar no, vivir más lo que ahora es. Por ejemplo, eso de que no podés concentrarte en las conversaciones casuales. Si lo casual es el presente... No hay otra cosa, perdoname que te diga esto, es más, estoy siendo muy pedante y violenta al decírtelo, pero, en tren de confianza y de mala profesional que soy y que quiero ser, te digo lo que creo. Contame cómo es eso de no poder vivir las cosas casuales, pequeñas... Él la mira, y trata de entenderla y entenderse. Sabe de lo que ella habla. Él mismo lo practica cuando se deriva en pensamientos incorrectos. Sé lo que querés decirme, y lo entiendo, dice. El tema es que no puedo resolverlo. Me molesta, dice. No puedo manejarlo. Estoy en la carnicería pensando en no equivocarme al elegir el corte y en que no me atienda la mujer, que me atienda el carnicero y no su señora —tiene una mala onda o no sabe, no puedo descifrarlo, y me vende una carne espantosa—, y entra el changuito de la muni, ese que me corta el pasto. Hola profe, dice, ¿vio que han sacado el cartel

que pusimos en el costado del camping? Atención, atención, me digo, le dice a la psicóloga. No pensés mucho en cosas chiquitas, no te colgués... pensá en esto que es... No, contesto, no vi nada. Sí, lo arrancaron los de la empresa, dicen que les molesta. Y yo, atento al turno, dice. Ah, digo y no quiero seguirla. Quiero que quede allí, porque si no me empiezo a complicar y entro a pensar y me olvido de lo que iba a hacer y decir. Y no puedo manejarlo y pienso qué hago pensando estas pelotudeces. Lo pienso y lo digo, no muy alto, pero me lo oigo decir, y veo que los que están conmigo escuchan esas palabras que digo porque no puedo controlar el pensamiento y no sé si estoy pensando o hablando. Es incómodo... Complicado, le dice Camila. El punto es que no tenés que concentrarte tanto, esa operación no sirve para nada, salvo para ponerte tenso, al pedo, le dice Camila. Y agrega: el presente es el tiempo. No te vayas al futuro, a lo que vas a hacer dentro de unos minutos. No sirve. Si sabés qué querés, cuando llegue el momento vas a hacerlo y punto, cierra.

¿Vos la conocés a mi vieja?, dice Mar, mientras le clava una mirada acompañada de una leve inclinación de la ceja derecha. Él la ve y comienza a tararear un tango, lo tararea para no decir lo que piensa, es decir, para que no se le escape lo que piensa. “Luna en sombra de tu piel y de tu ausencia”... ¿Estás bien?, le pregunta Mar. “Y así mi soledad se agranda por buscarte y estoy llorando así, cansado de llorar”... ¿Andrés? Sí, disculpá, responde. Es “Trenzas”, un tango hermoso, y

viejo... No, no la conozco, me llamó, pero no la vi nunca, le pasaron mi teléfono. ¿Por? Nada, pensé que la conocías. ¿Me dejás pasar al baño? Sí, es por aquí. Sonríe, toma su mochila y da un saltito y cierra la puerta. Él llena el termo en la cocina.

Se escucha el estrépito de algo que cae en el baño. ¿Estás bien?, pregunta. Sí, perdón. Se me cayó un frasco. Cuando sale sale más grande de lo que entró. Cuando entró tenía 14 y aparentaba fácil unos 17. Por eso no dejaba de mirarla. Ahora, no tenía 17. No tenía edad. Me vas a enseñar, entonces, dice, con los labios muy rojos. No pensar en pasado, se dice, o piensa. ¿Y si tomamos tereré? Hace calor para unos mates, ¿no?, dice ella señalando el termo. ¿Dale? No te molesta que me cambie en tu casa, ¿no? Tengo que encontrarme con las chicas después. Tranquila. No hay problema. A qué viniste, piensa, o dice. Lengua, eso del objeto directo y el indirecto y los complementos. Oraciones, tengo que rendir el viernes, de la otra semana, dice ella algo perpleja y de corrido. Tenemos tiempo, y no soy tan cuadrada. Siempre leí. Pasa que la vieja de Lengua es una chota. ¿Te molesta que hable así? No, si sos sincera tenés que expresarte sin tanta vuelta. ¿Ves?, me caes bien vos. La vieja no quiere que diga palabrotas. Chota, por ejemplo. No le gusta. Que diga esa palabra. Piensa que no sé que es una chota. Y por eso me llevo su materia. Una vieja chota. Y yo sé qué es una chota... ¿Querés que te diga qué es una chota? No pensés, algo no está bien. Qué hace esta chica, piensa, dice, no sabe.

Ella lo mira como para decirle lo que le acaba de decir, lo del objeto directo y las oraciones, pero no. Lo ve confuso y le pregunta ¿estás bien?, e inmediatamente ¿tenés limonada para el tereré? Sí, en la heladera. Dejá, yo la saco, y saco hielo... dice ella. No, este termo no, hay otro. Pará, ya lo busco. ¿Ves? Este es especial para tereré, dice mientras vierte la Marinaro limonada y los cubitos que ella le alcanza luego de sacarlos de la cubetera. Miran por la ventana de la cocina. Se miran. No quiere pensar. ¿Comenzamos?, dice finalmente él. ¿Qué? Sí, dale, perdón, me derivé en cualquiera, ¡yo cebo!, ¿dale?, dice ella. ¿Trajiste la carpeta? ¿Tenía que traerla? Nos vendría bien ver qué vieron durante el año... y cómo lo vieron. Traela mañana. ¿Tenés en qué escribir? Sí, Andrés... Si no mi vieja me mata. La mochila, ¿me la pasás?, dice y le señala una silla al lado de la biblioteca azul. Yo cebo, ¿dale?, ¿con azúcar?, ¡era chiste! ¿Tenés novia?, le pregunta mientras saca un cuaderno y una birome. No, responde. ¿Qué es una oración? Lo primero que se te venga a la cabeza de lo que leíste. ¿Un conjunto de palabras? ¿Qué es un texto? Pará, eso también lo vimos... ¿un conjunto de palabras? Sí. Algo así. Entonces, ¿una oración y un texto son lo mismo? Ella lo mira divertida y le susurra —mientras le alcanza el vaso en el que puso la yerba, la bombilla y la limonada— me perdí. Mirá, esta es mi vieja, dice y le muestra la foto de una mujer en el celular que está sonando. Tiene 36 años, dice, y agrega: ¿me esperarás un toque? Atendé.

Sí, ya me voy. Estoy un rato más y me voy. Sí, sí, ya comenzamos. Bien. Todo bien. No era preciso que llamaras. Igual, ya está. Dale. Chau.

Perdón, mi vieja; quiere saber si estoy estudiando. Y entonces... ¿tenés hijos vos? Dos. Pero vivís solo. ¿Te separaste? Algo así. Escribí una oración. Tengo buena letra, mirá. Está buena, ¿no? Pasa que la dibujo. ¿Esa es la oración? Sí, ¿no te gusta? “la chica esta de vuelta”, lee. Perfecta, dice. Un solo detalle. O dos. La oración comienza con mayúscula y termina con un punto. ¿Ves?, le dice y le muestra una oración de uno de los libros que están sobre la mesa. Y falta el acento en la a. Está, se escribe. O bien falta una coma después de esta. Entonces sería “La chica esta, de vuelta”.

Ella lo mira divertida. Mirá vos, qué fácil, dice... ¿Y ésta?, lo mira y le alcanza el cuaderno con una oración perfectamente dibujada. Con punto y todo. “Vuelvo mañana a las 6.”, lee. La mira. Es hermosa, dice.

Los libros y los libros

Ella me llamó y me contó que estaba bien con su vida, que realmente estaba bien con su vida y que los días son muchos y con sol, y que había que hacer algo con eso, que no todos los días había sol, últimamente. Eso es bueno, realmente es bueno, pensé/ le dije mientras intentaba saber qué es eso de “realmente” y, más aún, qué es “bueno” y qué es “malo”, pasa que me había quedado con su cadencia y energía y me hallaba pensando y hablando como un eco de su forma de llevarse todo por delante, con su fuerza.

Le dije —para no pensar tanto— que iba a vender libros a la feria de la estación, que iba a ver si podía porque era casi indispensable que llegase la noche y que en mi bolsillo hubiera por lo menos veinte pesos porque mi dueña (llamo así a la propietaria de la pieza que alquilo) no renunciaba a la idea de que le pague, por lo menos, algo del alquiler. Me dijo que sí, que sí podía; que había visto a un señor vendiendo libros de su biblioteca personal en la feria y yo pensé en ese señor y en esos libros y pensé en don Dionisio y mis libros dejados en su casa como garantía de un futuro pago de lo que le debía, oh casualidad, en concepto de alquiler. Los que iba a vender son (eran, poco importa) los Tiempos malos, novela totalmente inconseguible e irrecuperable en varios sentidos; los que dejé en la otra pensión eran variadísimos (los que realmente extraño, si me pongo en registro, son Mascaró, de Haroldo Conti, el

único de Jorge Masetti que recuperé después de muchos avatares, uno sobre la vida de Arlt, Los siete locos del propio Arlt, el chiquito con grabados de van Gogh que me regalaron Vivi y Roberto, el libro de poemas de Silber que me regaló Marcos Silber en el café La Academia), eran los que me oficiaban de red en las caídas libres con una sogá desde un puente cotidiano, el hambre, la noche. Hace meses que caigo sin red, que la sogá debe no fallar porque las piedras son de una inusitada dureza estos días.

Llegó por la pieza y me despertó y me alegró saber que era ella y que se acordó de mí y me alegró haber recobrado el sol y haber recordado que el sol en una tarde de domingo es enorme como un sol y nos fuimos a lo de los artesanos y no bajé. Preferí anticipar otros tiempos al lado de ella que no termina de imaginar que los tipos como yo suelen enamorarse de mujeres como ella que son perfectas y además manejan y hablan y sonríen y no putean a los que putean y bocinan. Y fue así que terminé en el departamento de Damián, luego de haber intentado encontrarme con el Gordo para que me diga que todo está bien y que hice bien en no dejar que ella volviera sola a su casa.

El tiempo es sin duda cruel con los que sueñan en estar de noche tirados en el pasto mirando las estrellas para saber si hay amor después de la muerte o si los libros que escriben o que leen tienen un cielo en algún rinconcito de esa enorme noche vista por primera vez siempre, con el asombro de uno que intuye que no

roberto acebo

sabe ser disciplinado y correcto y serio y que sonrío medio triste, pero sonrío al fin, pensando en ella llamando para decir que los días son lindos y así...

Lo que estaba antes

I

Nacho, un Chevy 74, amarillo.

Los ojos rojos.

—Dos, tres... días, das. Sol, quieto, espejo, retrovisor, dársena, oeste, cielo, gris, indecente, sucio, desvaído, desvestido, ido.

La enumeración lo envuelve en la realidad de las palabras que conoce desde los pantalones cortos, costuras en las rodillas, porrazos de tan torpe que sos, Nachito, ¿no ves las cosas? Y él, en el club de lectura de la villa, caza palabras y escribe relatos, poesías que parecen fulgurantes, que son fulgurantes. Divagues, viajes con las palabras, una detrás de otra, con belleza, ligereza, rozan el fuego del aleteo de un pájaro rojo iluminado por el sol último de un otoño en los cerros del oeste. Ese asombro ante la magia de lo inesperado, aquí y ahora y por nada, lo extraña de ser. Quien es. Entonces, maravillado hombrecito sin norte ni hoy.

—Casi pongo “sur” y se presentó “hoy”, y es mejor —dice—. Es cortita como sur y si creemos eso de que la brújula te dice dónde está el norte, y hacia dónde va uno...

—No —repite o dice por primera vez Ramiro, desde el piso, la colcha en el piso. Nacho, en el colchón. Los dos miran el techo que iluminado por el foco

de la esquina dibuja formas conocidas y desconocidas. Verano por la ventana de la pieza de Ramiro—. No y no, eso del norte tiene que ver con una cosa que es porque la brújula te dice que está para allá, y si querés ir para allá sabés que estás yendo para el norte. Pero si vas para tu izquierda y estás viendo el norte de tu brújula estás yendo para el oeste. Al este o al oeste, según tu derecha o izquierda, y si dejás el norte a tu espalda estás yendo al sur.

—Y por eso, o no estás escuchando.

Las palabras extrañan y deshacen recuerdos, o no, no son recuerdos, están aquí, ahora, no, no tiene un antes. Por obra de la voluntad, suprime el antes. Ese juego. Y está allí, limpio de pasado y en un permanente vivir. ¿Antes de qué? Le dice a Ramiro en su pieza de pensión de tres por tres.

—¿Antes de qué?, si lo que ves es lo que hay. 13 años, no parece ¿no?, pero mirá. ¿Ves? Calle, hay que tener calle y un cacho de suerte. Ahora mismo estoy campaneando para el Buchón, me pasa a buscar a eso de las 2, 3 de la mañana, y vamos a ver qué onda. A esa hora es piola el laburo. Cuando lo hacemos a la siesta, es mejor, no te voy a negar, es más vivo, además, si hay sol, cartón lleno. Dos, tres...

—¡Putá! ¡Qué frío de mierda! —Le da un trago a la petaca. E intenta volver, no dormir, no dormir, se repite en un mantra obsesivo, el casi último recurso del

solo. Y la mano cada vez más hinchada... y un hilito de sangre que llega al dedo chico, morado ahora como el resto del brazo.

Una llovizna fina se mezcla con el aire húmedo y salado que trae el viento, y hace frío, mucho frío.

—Dos, tres días —repite en la espera. El chumbo, desvalido ahora que no tiene dientes, en el asiento del acompañante, al alcance de esa mano, la de meter los cambios, al lado del celular sin batería. El otro brazo inmovilizado por esas tablas y el cinto.

—No, no lo voy a dejar sin circulación es para que no se me desacomode del todo y no me duela tanto como duele, sobre todo cuando me muevo. Por suerte es el izquierdo. No, no dormir.

El brazo con la tabla que se puso como pudo, hablando solo. El golpe de la bala no lo agarró de lleno, el moretón debe estar ahí, cerca de la tetilla izquierda, lo tiró al borde de un auto que aceleró y le pegó otro golpe.

—Putas, y no putas. Un quilombo con balas y yo me quiebro el brazo por boludo... es mejor que una bala, es cierto, pero... —dice mientras se quita el chaleco como puede, pesa unos cinco kilos, un vuelto de los federales—. Lindo el kevlar, lindo el modelito, mierda puta (se le escapa una lágrima, duele, duele), lástima el PFA en blanco.

Saca el paquete de cigarrillos del bolsillo del jean, por suerte el derecho, sabe que allí no debe guardarlos porque se rompen, pero están allí.

—Hay más que prevenciones y buenos hábitos. Hay suerte. O no. Un poco de voluntad y listo... cómo mierda hago, qué pelotudo. —Y tira por la ventanilla el paquete hecho mierda, con unos puchos rotos, insalvables ahora que está manco.

Abre la guantera, tres atados de negros le iluminan la cara.

—Quedate ahí, no saqués la cabeza y bancá. Apenas tenga un respiro, te voy a buscar. El Griego tiene un camión con acoplado, subimos el auto y vos te venís a casa. Pero no dejés el fierro ahí. Te puse puchos y un par de juguetes en la guantera, por si surgía algo. No. No soy boludo. Perdido por perdido, ¿qué importa que los encuentren allí? Si total, Salta, eso va a pasar si estás del otro lado y ya no te va a importar. En todo caso, sí a mí, que soy el dueño del auto y de la merca. Claro que es robado. Pero es mío. Lo tengo hace años, con papeles y todo. No sé, me encariñé con ese fierro, uno de estos no se encuentra todos los días. 74, Chevy 74. No, ya sé que es identificable, y más bien. ¿Pero cuál es?

—Tibur la puta que te parió.

La luz débil de la pieza del sereno en el espejo retrovisor, el agua que dejó alguien en el asiento de atrás, el bidón de cinco litros, por suerte no es líquido refrigerante. Dos, tres días y viene el Tibur.

—Quédate ahí, el sereno no va a decir nada, es de tu pago o de Jujuy, por ahí. Es más, si se te pone fiero

la cosa, acércate, algo te va a tirar, pero mejor si te manténés lejos. Uno nunca sabe cómo están estos de envueltos o desenvueltos. El capitalismo es tremendo, negro. De última, llamá a la sanguchería, eso sí, pedí como si estuvieras por tener una trukeada, con merca y todo, uno nunca sabe. Dos o tres días.

—¡Tíbur, la puta que te parió!

II

—Sí, en la dársena oeste, en el muelle siete.

—...

—Y decile que... bah, no le digas nada. Eso sí, apenas tengas el Chevy en el galpón y puedas, ponelo en un taxi y lo mandás a mi casa. Ah, otra cosa, Griego, este... no, nada. Andá nomás. Después te llamo.

III

—Unos tipos saben que estoy en el negocio y quieren que haga un laburo. Nada del otro mundo. Es decir, vos sos yo. Lo que digas es mi palabra y lo que hagas está bien. Se la tienen que fumar si no les gusta. Son cagones y si no se la bancan... Se hacen los picantes y tienen buena guita, y eso es bueno para nosotros. Entonces sí, hay que darles un changüí. Vemos cómo se portan y empezamos a abrir frentes. Si no se la bancan, listo, aquí no ha pasado nada y a otra cosa. Puta, qué te tengo que decir, Nacho, si vos sabés cómo laburo.

Los ojos muy abiertos, fijos en la chapa de un contenedor amarillo. Quiere armar el relato con principio y fin. Quiere entender qué falló y, de paso, no dormir. Las pastillas de la guantera son una masa, pero se perdió en el tiempo, el real. No sabe cuánto pasó desde que está aquí, y desde que picó en punta después de que todo se fue al carajo.

—Escuchá, dejá el Chevy en el estacionamiento del Griego, ¿conocés? Sí, está en Gaona y... y... Sí, Caballito. ¡Ese! Es chico nomás, pero bien ubicado. Grecia después se encarga. Tomá, un Palio negro. Te vas en ese. Es descartable, pero no va a pasar nada. Y cuando terminás el laburo, volvés a buscar el Chevy, y listo.

—No te quedés en la puerta, entrá de una vez. ¿Y los lentes?, ¿no te he dicho que no te los saqués? Caramba. Ahora con qué me venís, ay este Nachito... a ver esa carita, qué le está pasando, cuéntele a su Maritetita.

Los ojos por derramar esa agüita liberadora que su mamá le dice que sirve para regar las plantas de la maceta de la ventana, la única en esta pieza de pensión en la que viven, los dos solitos sin tías, tíos ni abuelas/abuelos o papá como los otros chicos que también van a la escuela o los que conoce de la cancha, al lado de la biblioteca donde él juega con las palabras. Pero que si es mucha esa agüita se va a poner mala la planta y no va a poder vivir. Por la tristeza más que nada.

—La Micaela me ha dicho una cosa fea de vos, y yo le he pegado una piña y ella me ha agarrado del pelo y se han roto los lentes porque se han caído. Y yo he salido corriendo porque le he metido una patada... y he levantado los lentes y he salido corriendo... porque le he dado una patada en la canilla... y...

La voz quebrada por la agitación y la urgencia y los cachetes colorados, y los ojos que finalmente se derraman. Y el abrazo a la pierna, la pollera de mamá, los mocos liberados en ese pañuelo grande que es la mamá.

—¡Sos pelotudo! ¿No te dije que lo dejés en la cochera?

—¿Y en qué llegaba? ¿No te contó el Griego que el Fiat de mierda no arrancaba? Subo al Palio... y no arranca. Estaba sobre la hora y todo se iba al carajo, tenía que conseguir uno y no había tiempo de limpiarlo. ¡Qué querés que hiciera! Ya está, ¡fumátela!

—Bueno, ya está... ya está. Sí, tenés razón, perdoná. Vos sos yo, está todo bien, perdón. Bancá que te vamos a buscar.

—Mirá, mamá... Vos sos Maritetita. Sí, ya sé que te llamás María, Marita. Pero desde hoy sos mi Maritetita. Mirá, César nos ha hecho hacer con palabras abrazos chiquitos, y dice que cuando las cosas son chiquitas se las dice así... con palabritas que como son chiquitas abrazan siempre, así como vos conmigo, que sos pegota, mamá. Y yo he escrito que vos te llamás María y que te dicen Marita y que esa palabra con ser de las que

dicen cosas chiquitas a mí no me alcanza para abrazarte y entonces me ha dicho que la diga más chiquitita, y yo he ido escribiendo y ha salido Maritita, porque Marita es ya chiquita y entonces me ha dicho que le pregunte a esa palabra qué me quiere decir, y me ha dicho Maritetita, mejor.

Calle abajo, la marca del Zorro en la puerta esa, la de la casa abandonada de la esquina, ese fondo lleno de yuyos y árboles a la que entramos a buscar pocotos y a ver si hay algún león o tigre en esa selva. Los ojos grandes y en las medias y zapatillas Flecha los cadillos, y en los pantalones también... la honda en el cuello. Dos, tres de nosotros en la vereda, tomando agua a tragos grandes, agua fría que la vecina nos ha dado en una botella de vidrio que ha sacado de la heladera ¡qué linda! Fresquita, fresquita.

—Putá Ramiro, este choto tiene los ojos pa' atrás. Y el muy puto me alcanzó el brazo con la faca, mirá cómo sangra. ¡Putá! Dame la birra. Ah... Mierda, está fresquita, fresquita —los ojos cerrados el trago aliviando la violencia y llevándolo a la biblioteca de la villa. Dos, tres pasos, no más. Volvés sobre tus pasos, siempre con los ojos cerrados y diciendo en voz alta qué ves. Qué ves cuando no ves.

—¡No, no cerrés los ojos! No dormir, no dormir... —Nacho se restriega los ojos con la mano que le queda. Hace frío y está transpirando.

La boca seca, los labios sangran, se pasa la lengua, pero es peor. El dolor en todo el cuerpo, el brazo ya

adormecido y como un eco de un grito que viene de por ahí el dolor. Traga con dificultad una cosa pastosa, con olor a sangre ahora, busca el bidón le da un trago largo y escucha muy claro cómo el ruido de su garganta admite con dificultad el agua.

Cierra los ojos —no, no los cerrés, despertá— y plácidamente recupera un eco, su sombra proyectada delante suyo, un atisbo casi sonrisa de algo que fue es, mientras el agua cae fuera de su boca y luego cae el bidón.

La belleza

La anunciación. Me ha llamado cerca del mediodía, casi me encuentra aún en la cama, pero no. Me había levantado a sacar al gato puto que se obstina en que le abra la puerta y a ese expediente se aplica rigurosamente todas las mañanas —ignorando por supuesto la ventana abierta para él—, lográndolo cerca de las 11, a veces. Estaba poniendo la pava cuando ha sonado el teléfono.

Me habla con voz grave; solemne, me dice que le han dicho en la universidad, más precisamente la Dra. Gabriela McHerson, que soy escritor y periodista y que mi genio no es fácil pero que si se trata de literatura no tendría mayores inconvenientes en recibirlo. Y me ha propuesto una reunión de trabajo. Esa ha sido la expresión exacta que ha empleado. Reunión de trabajo.

—Soy juez de la Corte, más precisamente ministro de la Corte de Justicia. Se lo digo para que sepa que me he ido un poco lejos de donde quería estar, pero bueno, esas cuitas son mías y no revisten mayor interés para usted. Y quiero proponerle que lea algunas cosas que he escrito. Ah... —me dice— soy pintor. No me gusta decir “plástico”; siento hace ya tiempo que el plástico ha tomado todo desde el pasado siglo, y me molesta profundamente siquiera mencionarlo. ¡A las 17 podrá recibirme? Gracias. Buenos días... Perdón, perdón, no corte... disculpe mi torpeza. Díaz Gray, soy Simón Díaz Gray. A las 17 estoy en su despacho. Gracias.

Mi despacho.

No pude meter una coma, esto me pasa usualmente cuando me encuentran en el espacio que va desde que me despierto hasta el primer o segundo mate, a eso del mediodía. Sí, puse espacio, desde hace algunos años —remedando al señor plástico— el tiempo es parte del espacio, quiero decir, considero que el tiempo es parte de mi espacio. No es que sea yo físico o filósofo o algo así. No lo he demostrado ni he considerado escribir un *paper* acerca de esa aproximación analítica. Es más, seguramente ya lo han hecho cientos de filósofos y físicos y no me han llegado esas cuentas y apuntes debido a mi nula asistencia a jornadas y congresos de física o filosofía del tiempo (supongo que así deberá llamarse esa rama, si la hay). No dije que sí o que no. Solo respondí “él habla” cuando su voz de tenor muy ajustado al libreto de la ópera ha preguntado en dos tiempos: “¿El escritor?, ¿y periodista? Buen día”.

Y también me pasa que si escucho algo extenso en ese espacio se me pega la inflexión, el fraseo del que habla. Y eso me ha pasado, de allí la corrección con que he escrito las primeras líneas de este relato, salvo lo de gato puto que, claro, no tiene que ver con la corrección de la expresión sino con el orden del sentido. Pobre gato. Es una gata con nombre y todo que suelo mentar así, puesto que en su puta vida me hace caso y sólo cobra dimensión su presencia cuando a las 3, 4 de la mañana me clava las uñas para subir a mi falda.

Y por supuesto también tiene existencia cuando reclama que le abra la puerta. De allí el vocativo que,

como le he explicado a los amigos más próximos, no es un nombre, ya que el animal en cuestión no tiene uno.

Porque no lo llamo.

El color del sonido. Las manos del minero, callosas, curtidas de tanto mal tiempo y mal pago desde que aprendieron a trabajar, levantan la masa en un movimiento ajeno y la estrellan precisa contra la roca. Gotas de sudor corren por la frente del hombre. Bajo el sol del mediodía, otros acarrean baldes y carretillas con pedazos de piedras y entran y salen al túnel que los lleva a las entrañas del cerro. Al pie, el río corre violento.

—Aquí preciso sonido. Debería comunicar el ruido de la construcción y del agua. Pero no sé aún qué color, qué matiz tiene el sonido... —me dice Díaz Gray por sobre sus anteojos de leer, más con la mirada que con su voz, que ha dejado la lectura para hablar en un aparte glorioso.

Y yo recuerdo la escena. Andy Warhol mira a ese chico indómito, de pelo castaño, casi negro. Le dice que le han regalado un teléfono para hablar con Dios, pero que no tiene nada que decirle. Se lo da, ahora puedes hablar con Dios, le dice. Jim Morrison no ha emitido palabra, solo lo ha mirado, rodeándolo lascivo con la mirada mientras juega con la lengua al borde de la boca. “No sé qué color tiene el sonido, Jim”, he traducido, no se lo digo. Claro.

—Sigo —me dice. Y sigue.

A unos 30 metros del cerro de la obra, corre violentamente el río. Con los sonidos de la construcción, del agua comienza a mezclarse un golpeteo insistente y regular que de a poco va creciendo y amplificándose. Por la ladera del cerro, baja una procesión. Dos hombres de pelo blanco pegado a la frente llevan una imagen de la Virgen en su altar adornado con flores y atrás van varias mujeres de pollera con sombreros negros y rebozos de colores chillones y con bordados, algunas llevan guaguas en la espalda; mezcladas con chicos y otros hombrecitos encorvados por los años, tocan la caja; un violín y un bombo completan el misachico, la música crece y sube por los cerros. Las cajas van marcando el ritmo.

El hombre de la masa nada ha escuchado —salvo ese ruido como de cajas que lo acompaña desde que supo, cuando levantó los ojos del surco un día y vio a su compañera que le hablaba con la boca plena de palabras y ninguna ni siquiera lo rozaba, que se estaba quedando sordo. Supo y agradeció entonces, o después, al Santísimo la bendición de que guardara en su corazón, en alguna parte de su cabeza, de sus recuerdos ese gustito de la caja copleando— y entra al túnel con su herramienta al hombro.

El misachico pasa por el frente del obrador, los trabajadores con la mirada iluminada detienen su labor, se quitan el sombrero o la boina, se secan la transpiración y se santiguan. Algunos se tientan y siguen por unos metros a los últimos de la fila, viejos con ushutas

que desentonan con los zapatonos de los mineros. Se detienen, se persignan y vuelven corriendo para tomar sus picos y masas. Los otros festejan la chanza con inocencia.

Un gran estruendo interrumpe el recreo de los más, luego el grito desesperado: “Derrumbe”. El rostro del hombre de la masa se vuelve a la luz de la boca del túnel que se apaga y se estremece ante la certeza de la muerte.

—¿Me sigue? —Y sus ojos me demandan desde un verde aguachento que le responda. Asiento con una sonrisa.

Ha llegado a las 17.

—No, gracias, no me apetece ninguna infusión. Sí le agradeceré, si no es molestia, pero más luego, que tenga la deferencia de traerme una taza de agua caliente, no hervida. ¿Usted toma mate? Bueno, como para tomar mate y un platillo, claro. O dos.

Me ha dicho eso luego de que le ofreciera algo para tomar. Mi primera intención había sido un licor, hasta pensé en la Hesperidina o una caña. Pero giré hacia un té, luego de descartar el café porque no me queda ni para un pocillo mínimo.

Una cruz con flores de papel crepé y de las otras, de las verdaderas, en la boca del túnel tapado, y que entonces ya no es un túnel. Mineros con las boinas o cascos en las manos levantan las cabezas, abandonan la

actitud de recogimiento frente a ella y se ponen los cascos o boinas y se aprestan a iniciar una marcha, dispuestos a cruzar un puente. Uniformados con armas los esperan al otro lado. Los mineros avanzan... muchos tienen los acullicos desbordando por las comisuras de los labios una agüita, un hilito verde que lleva por la barbilla quemada por el viento y el sol de la montaña un vestigio de vida.

—¿Sabe? Dibujo. Y para dibujar escribo. No, no para dibujar, no me malinterprete, no escribo para dibujar. Escribo estudios de los personajes que habrán de aparecer en mis cuadros y los dibujo. Son bocetos para las pinturas. Y cuando he llegado allí, a los mineros que avanzan, he dejado el lápiz sobre la hoja. La escena la tenía. La había escrito para mejor pensarla, dibujarla. Y he esperado que llegara algún atisbo de algo... una señal. No digo creatividad, no. Nada ha ocurrido. Sin eso que llaman ostentosamente arte siempre, siempre he dibujado. Carezco de él. Y está bien que así sea, puesto que nada bueno puedo alegar a favor o en contra de esa curiosa ausencia. O presencia. Digo “curiosa” por un simple envión, no me juzgue soberbio. Actúo así cuando dibujo. Dibujo de un modo violento, el trazo sucede sin anuncios ni protocolos. Digo curiosa porque hace demasiado tiempo que oficio de artista. Y como he dicho no poseo arte, eso que muy pocos, en realidad, saben arte.

Y entonces he pensado ¿y si esto no queda en un estudio para una pintura y lo hago un relato? Y aquí estoy.

Me ha costado seguirlo, pero creo que he entendido lo que quiere decirme.

—¿Puedo continuar?

—Por favor...

Soy Simón Green hace 74 años, y no tengo muchas demandas que hacerle a la vida. Solo espero no estar durmiendo cuando me deje, sería una más de las burdas imágenes de mis días quedar en una de las pesadillas recurrentes que fatigan mis cada vez más cortas noches.

Sería una metáfora antipoética.

Fin de la noticia.

Levanta los ojos aguachentos por sobre los anteojos nacarados, de un sutil verde agua, precisamente.

—Perdone mi laconismo. Me pasa cuando escribo para pintar —dice. Y toma unos dibujos de una carpeta que saca del maletín de cuero del que ha sacado también las hojas que ahora lee y los extiende sobre la mesa.

El encuentro. La luz ingresa por un ventanal e ilumina a Simón Green. El secretario de juzgado lee con gesto serio El Tribuno y hace anotaciones. Las 8.10 marca un reloj de pared, casi a la misma altura —si uno

gira la cabeza a la derecha— de un crucifijo y un diploma de abogado; al lado, una biblioteca, un perchero de pie en la esquina y una bandera argentina. El escritorio es sobrio: un par de carpetas, una lámpara, un lapicero, un calendario sobre el que se lee “Enero” con letra grande y más abajo “jueves”, y más grande “30” y un “1969” en rojo. El teléfono negro descansa al lado de una máquina de escribir, sobre una mesa pequeña, pegada al escritorio. Green deja el diario, en cuya portada se destaca: “Explosión en Quijano deja herido al gerente”, se incorpora y camina hacia el ventanal. Se queda mirando el pequeño jardín. Su traje negro y su rostro prolijamente afeitado le dan un aspecto mayor al correspondiente a su edad. El timbre del teléfono lo sobresalta, gira hacia él y luego continúa mirando por la ventana. El ruido es molesto, insistente.

Rubén Sánchez, asistente de juzgado, ingresa presuroso sin llamar y toma el teléfono, se sienta frente a la mesa de Green a quien saluda con un gesto luego de notar su presencia, y mientras habla toma el lápiz que está sobre el periódico. “Sánchez al habla”, dice. Lo mira a Green que con un gesto niega su presencia. Responde con monosílabos, saluda y cuelga. Toma el diario. “El juez, por lo de Quijano”, le dice a Green, y agrega: “Te espera a las 9 para darte instrucciones”. El secretario mueve la cabeza, se acerca a su mesa y toma el diario nuevamente.

Green limpia sus zapatos y entra a una casa con ventanales altos, su hogar. Atraviesa el zaguán que lo

conduce a una sala. Parado en medio de la oscuridad, deja caer sus brazos, suelta el maletín y da una fuerte exhalación. Enciende una lámpara, se quita el saco y prolijamente, sacudiendo las mangas, lo cuelga en el perchero. Camina hacia un patio interior con plantas. Se sienta en un sillón de hierro, apoyando la cabeza en el respaldo. Fija la mirada en un punto de la rama de un lapacho que allí crece, y se queda pensativo.

—Gracias. Así está bien, gracias. Esta chuspa me la han traído del Cusco hace años. Sí. Hace años, aunque no recuerdo si yo mismo la he comprado. Lo cierto es que es del Cusco. Usted, aparte de escribir y ser periodista, ¿qué hace? —me dice mientras saca unas hojas de coca de la bolsita de un tejido apretado y de muchos colores y las pone en la taza y la tapa con el segundo platillo que he traído.

Lo miro, no sé si con curiosidad o recelo. Sus gestos suaves para guardar la chuspa en un bolsillo interior de su saco —que me había parecido muy grande cuando lo vi, parado en la puerta, apoyado en un bastón de un marrón cedro barnizado y que ahora, sentado frente a mí, juzgo a la medida para moverse libremente en la feria, entre sus bártulos, si este hombre fuese un feriante del Puno, con chulo y todo— y su demanda de un lector avezado, como me ha llamado apenas traspuso el umbral, me resultan de por sí una invitación a

escribir algo. Lo pienso en ese instante, mientras le alcanzo el azúcar que rechaza con la mano abierta y muy cortésmente.

—Cocino. Y dos o tres veces por semana voy a una huerta comunitaria que han armado unos amigos que tienen un comedor, aquí cerca.

—Ah, qué interesante, se dedica al arte de la cocina y sus amigos, ¿qué tipo de comida ofrecen?

—Disculpe, no me he expresado bien. La huerta no es comunitaria, es nuestra, la tenemos para proveer al comedor que sí, es comunitario.

La revelación. Yo, entonces, hacía lo que sentía. Suponía que la vida era eso y no me enredaba al estar en ella. Simplemente vivía. Esta suerte de geopolítica, de saberme en, sobre y con vida era más que una cuestión de preposiciones. Sabiduría, decía Sánchez. Simple sabiduría animal que nos devuelve a la experiencia, agregaba.

Y, sin embargo, no era eso. Yo sabía que no era sólo eso. Hubiera querido que fuera una vuelta a lo animal y, de ese modo, aplacaría en algo el fracaso, mi fracaso. Pero intuía que pensarlo así era aferrarme al salvavidas que me tiraba Sánchez, expresada por su practicidad en el bar de la esquina de tribunales. Pero no era eso. De un modo o de otro, no era sólo eso.

En la perspectiva, en el mirar el objeto desde varios afueras (algunos dirían “ángulos”, simplificando demasiado) para dibujarlo, en esa distancia necesaria para aprehenderlo está el oficio. Y está el objeto. Pero

no basta con eso. Uno debe ir hasta el hueso de lo que dibuja. Pintarlo, dibujarlo, sí, pero con algo que fluya del interior, de su interior. En eso radica la diferencia entre un Goya y un Green.

Anoto, anoto en el margen. Estoy leyendo las hojas prolijamente encuadradas que me dejó Díaz Gray. Puta, escribe lindo el juez.

No sé si por educación o por imperio de algún vago recuerdo de juventud, dibujó una sonrisa entre compasiva y cómplice cuando le dije lo del comedor comunitario, que se me ocurrió en ese momento un desafío de clase, una provocación gratuita de mi parte (Sé que no hace mucho falló en contra de una medida judicial apelada, que ordenaba un desalojo. Más allá de mi visita periódica a la Ciudad Judicial por mi trabajo, y por estar en contacto estrecho con amigos que no pueden dormir cómodos sabiendo que hay viejos y niños durmiendo en las carpas de una toma, sabía de su actuación en los 70 y primeros 80 como juez de Instrucción y de sus esfuerzos por hacer realidad la figura de juez de Garantías más recientemente), mientras se ponía de pie con dificultad y ayudado por el bastón me pedía que le indicara dónde estaba el baño.

Nos despedimos con una cordialidad que no me pareció afectada. Acostumbrado como estoy a lidiar con sonrisas de compromiso y manos que se estrechan sin ninguna firmeza, le dije sinceramente que iba a tomar el trabajo con todo gusto. Que lo iba a leer y a realizar las anotaciones que creyera oportunas.

Le ayudé a bajar los dos escalones del pórtico, imaginé que el trámite inverso antes de tocar el timbre lo había hecho el chofer que lo aguardaba en la vereda y que le tendió el brazo cuando el juez se deshizo del mío.

El pastel y el ocre. Green había llegado a esa oficina seis meses atrás, con 24 años y muchos pergaminos y recomendaciones. Rubén Sánchez lo ha medido de entrada.

—¿Sabe lo que me gusta de usted, Green? Su don de gentes. No me pregunte qué es eso, porque nunca lo he sabido del todo. Pero usted lo tiene. Y gracias por su silencio. Y escucha. Permítame que le diga de corrido algunas percepciones que uno tiene de tanto caminar estos pasillos. Y digo pasillos e incluyo este bar. Más allá del vasito de vino o un anís, o la ginebra y, por supuesto, cientos de cafés, aquí se resuelve mucho de lo que los papeles en las oficinas de los tribunales muestran. ¿Ve a aquel canoso del traje gris? Es dueño de una chacra en Rosario de Lerma. Ese es el hecho objetivo. La foto. La película cuenta que la ha comprado en un remate hace unos años. No es de aquí, o entonces no lo era, ha llegado con el dato y un fajo de billetes y ha comprado la finca de los García. Es nacido en Tucumán. Hace unos largos años, más de los que me gustaría admitir, cuando recién me iniciaba, he sabido trabajar en San Miguel por un tiempo, y lo he conocido como testigo de parte en un proceso penal. Ha sido resonante ese caso. Abigeato y homicidio. Y este cosito

ha sido fundamental para que lo dejen en libertad al coso mayor. Yo entonces era pasante en la fiscalía. Salta, Tucumán —Green— son pueblos chicos y todos nos conocemos con todos. Invite un vino a un parroquiano de cualquier bar de por aquí y le dará referencias sobre la señora madre del señor gobernador...

Green lo mira y escucha con cierta distancia. Le habían dicho que Sánchez era un tipo complicado, pero buen asistente. La charla ocurre en el bar que el secretario le recomendará “por proximidad y fauna”.

“Va a encontrar políticos, periodistas, comerciantes y, pasada la medianoche, filibusteros, poetas, viboreros y cantores. Aunque, para ser exactos, los filibusteros habitan el lugar sin demasiadas consideraciones horarias”, había agregado entonces.

—¿Usted cree en las jerarquías? —interrumpe el secretario.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Si cree en las jerarquías... No, no se incomode, estoy pensando en voz alta.

—Mire, Green, no se trata de creer o no. Hay jerarquías. Y nos ordenamos según ellas.

—No, no me refería a eso... Ni tampoco he querido incomodarlo. Me han dicho que usted es un profesional brillante, pero... algo descuidado en cuanto a su carrera. Y permítame que me disculpe si estoy metiéndome en un terreno que no me corresponde...

—No, por favor, continúe.

—Lo escucho hablar y confirmo en algo las noticias que tengo de usted, digo confirmo y esa quizás no sea la palabra. Quiero decir, mientras lo escucho pienso en lo que me han dicho, y las piezas del rompecabezas arman otra figura algo más compleja e interesante. Y las piezas son las mismas: Rubén Sánchez tiene 55 años y es un buen abogado, pero no va a pasar de asistente del secretario de juzgado.

—Dicho así, suena trágico... Perdón, continúe.

—No, ya he terminado.

Sánchez enciende el cuarto cigarrillo y le hace una seña al mozo.

—Sí, otro —le dice. Lo mira a Green, y sonrío casi con benevolencia.

—¿Sabe?, lo que le han dicho está mal planteado, si es que ha sido ese el orden y esas, las palabras. La edad es una coyuntura, va a pasar, o mejor, está pasando. Ese “tiene” intenta fijar algo que transcurre. En cuanto a lo de “pasar de...”, no importa, por lo menos a mí, eso que llaman carrera no me importa. Y note, por favor, que no he dicho mi carrera. Entonces, primera observación. Se supone que es “mi” carrera. Y si el interesado, es decir un servidor, no asume eso como propio... No hay objeto de delito, no hay qué juzgar. Estar en carrera suena más apropiado para los burros, el hipódromo, y hacer carrera... Bueno. Más allá de que sí le importaba a mi ex familia, volviendo al sentir popular... Mis padres ya no viven, a ellos les alcanzaba con que fuera abogado. Mi matrimonio ha terminado hace

rato, mis hijos, tengo tres, están con la madre y “están haciendo carrera”. Son buenos chicos a pesar de algunas demandas, si me permite la expresión, que yo no comparto sobre mi conducta como padre. ¿Sabe cuál es la diferencia entre un juez de la Corte y un buen abogado?

Green entra a la casa con altos ventanales de la 20 de Febrero. Atraviesa el zaguán con macetas muy cuidadas que lo conducen a la sala. Deja el maletín negro y, parado en medio de la semioscuridad, deja caer sus brazos y da una fuerte exhalación. Enciende una lámpara, sobre la mesita hay algunos libros, entre ellos uno de poesías de Castilla, Copajira. Se quita el saco y prolijamente, sacudiendo las mangas, lo cuelga en el perchero. Toma el libro y camina hacia el patio interior lleno de plantas. Se sienta en el banco de hierro, apoyando la cabeza en el alto respaldo. No han sido buenos estos últimos tiempos para la familia, su estadía en Buenos Aires para cursar Derecho, la inveterada intención de su madre de casarlo con la niña de los Tudela que aún no ha cumplido los 15, el recuerdo en oleadas de sus abuelos en los campos de Quijano, el río y toda la parentela reunida allí para las fiestas... algún otro verano. La abuela Fermina cocinando junto a la María. El recuerdo de esa mujer que le ha dejado esta casa. No, no ha tenido silencio y se siente en el resuello del caballo o del grillo (esta imagen siempre le ha resultado

graciosa, la Fermina la usaba. Eso del resuello de estos animales tan dispares, aprestándose al canto o al relincho, e ignorando todavía si saldrían galopando o se subirían a los árboles a desplegar su rogativa monótona, porque claro están en los preparativos para ser). Esa imagen. Este presente. Volver a Quijano. Encuentra un punto fijo con la mirada en una rama del lapacho que allí crece y se queda pensativo, el libro cerrado en la mano.

Mejor, me hago un café, leer todo esto de corrido y a esta hora me va sacando lo poco de lucidez que me queda. Puta, no hay café, cierto. Unos mates, para el caso, es parecido.

Escribo porque he descubierto hace unos años, muchos años, que la pintura y el dibujo no son lo mío. Es cierto que he hecho exposiciones y que tengo cierto renombre en la plástica salteña. Pero, para qué engañarnos, no es lo mío. Sí tengo ese olfato que me ha llevado a iniciar una carrera como secretario de Justicia de la Provincia en los 60. O mejor, a fines de los 60. Qué torpe y tosco era todo entonces. Y esa formación profesional me ha servido para entender y descubrir que no era pintor y mucho menos dibujante. Mi trazo es de una afectación vulgar. La carcajada del Cuchi cuando le insinuaba que estaba en la búsqueda (y que ésta era a veces dolorosa y no recuerdo qué otros adjetivos empleaba) era indescifrable.

Me decía: “De eso se trata. En el camino, el boticario, el maestro y hasta el tilingo medio se te van a arrimar y vas a ser un artista, y más si tienes medios para exponer. Y sirves unas empanadas y un vinito rico en la presentación. Y capaz que vendes y viajas y todo eso. ¿Y pa’ qué querís más?”. Y acompañaba su pregunta con una sinceridad enorme en la mirada.

Con su voz desmesurada me decía: “Changuito, pa’ que hacerse problemas al cuete. Miralo al Negro Prieto. Semejante poeta y amargo. Cuando la pena se te mete adentro del cuero es jodido. Y necesitas kilos de tinta pa’ sacarla afuera. Y de esos kilos algunos gramos van a ser poesía, o música, o buenos trazos necesarios. El tema es ir sacándose los demonios de adentro, y también ir enjuagándose la lavaza que queda. Ese trabajo es constante, chiquito y día a día. Pero, chango, tiene que ser alegre. Y no es que quiera parecerme a un cura, pero es así. Despreocupate de las grandes urgencias. Tienes que estar con la pala, día a día, de a poquito, cavando, cavando. Pero, eso sí, también con una guitarra”.

El caso es que el Cuchi ha ido entendiendo eso durante décadas y su profesión de abogado le ha servido, de algún modo, para desconfiar de los vericuetos del mundo del arte. Escribo esto sin la menor intención de ser taxativo.

¿Cómo habré de ordenar mis papeles? ¿Cómo habré de dejar algo de lo que he ido sabiendo para que otros entiendan qué ha ocurrido?

Sin dudas, mis certezas no tienen mucho que ver con el arte. Sí con mi trabajo en tribunales y mi tránsito por esa Salta de los 60 y mediados de los 70.

Cuando lo de Quijano, habré tenido 24, 25 años, había vuelto escasos meses atrás de Buenos Aires y vivía solo. Tenía un tremendo miedo de defraudar a mi padre. Y también una indescriptible ingenuidad que algunos llamaban fe en la Justicia, yo entre ellos.

El viento mece las ramas de un lapacho que tocan una ventana cerrada de una casa bajo el sol del mediodía en Quijano. En la penumbra de la pieza, las grandes manos del minero no encuentran el pañuelo arrugado que se esconde en el bolsillo del pantalón raído que lleva hace días. Es incómoda su posición, y más con el resfrío que lleva encima. Las mangas de la camisa ayudan. Hace días que está debajo de una cama o recostado contra la pared a un paso de esa cama pegada a la pared que no es suya, y aunque fuera suya ese no es el punto. El punto es que está resfriado y con tos y con los ojos cansados aún de haber visto tanto en tan poco tiempo y que tiene que huir. Ese es el punto.

Ahora, trabadas la ventana y la puerta de la pieza, en la casa de esos amigos, sale con dificultad. Manuel lo ayuda a sentarse. El minero apoya la espalda en la pared. Arminda le acerca un plato de comida y un pe-

dazo de pan. Se limpia presuroso las manos en el pantalón, y toma el plato y el pan. La luz escasa de la pieza los hermana, los tres sentados en el piso y en silencio.

(Los comedores de papas, la luz escasa de la lámpara, las del cuadro del primer Van Gogh; aquí, la que alcanza a colarse por las hendidias de la madera de la ventana. La penumbra, ese piso de ferrite rojo limpio, las paredes blanqueadas con cal.)

A lo lejos se escucha el silbido del tren.

¿Qué recuerda uno cuando recuerda? ¿Qué elige recordar cuando se pone en la tarea de ir recuperando algo de lo que ha vivido? Esa tensión direccionada sobre el sentido de las cosas que han sido es más real que lo que ha sido. El pastel y el ocre, por ejemplo, son dimensiones del espacio. No solo son colores, tonos. E incluso pueden ser, son, también dimensiones del tiempo. Uno ve los campos que pintó Van Gogh, y siente el calor de un sol que aquietta los dolores de ese trigo, descubre la ternura violenta de un hombre que trabaja. Suena metafórico. Y es eso. Ese hombre entonces solamente ha dibujado y ha extendido unos colores sobre una tela. Ha sabido cómo llevarlos al plano de lo que habla. Y esas telas nos dicen cosas. Es eso todo el tiempo. No hay otra forma de decir. Uno no recuerda las cosas, sí lo que ha dicho o pensado sobre esas cosas. E incluso lo que han contado sobre ellas. Y esa suma

colabora al engaño. Un engaño honesto si se me permite el oxímoron, un engaño que contribuye a cierta idea de orden. Y note que no digo simplemente orden, que contribuye al orden, sino a la idea de orden. He creído muchas veces en las palabras que escribo, que he escrito. Y también he creído en esa tensión porque la conozco. Aún está aquí.

El comisario Gutiérrez se queda mirando la pizarra de los horarios y avisos, y después se distrae deletreando “Altura del riel sobre el nivel del mar 1.520,41 MTS”, escrito en el cartel sobre la pizarra y al lado de la campana, en la estación de trenes. “O sea que hay 41 centímetros sobre los 1.520 metros, ¡pucha que son exactos!”, piensa. Y lo que antes, cuando era changuito e iba a la escuela al lado de la plaza, era una maravilla ahora lo mueve a una expresión risueña y, sobre todo, a encontrar recuerdos. Hace años que ese cartel está en ese lugar. Y hace años que no se detenía a leerlo. Cuando viajaba con su mamá a Salta lo deletreaba tan frecuentemente que se lo sabía de memoria. A todo el cartel, las distancias en kilómetros desde San Antonio (unos 157 km), la distancia desde Buenos Aires (1.551 km). “Ay viejita, si usted me viera”, piensa “Rudecindo Gutiérrez, comisario por delegación de funciones”. Esas exactas palabras decía el documento que ha refrendado el juez de Paz en presencia del intendente y de un secretario del ministro de Gobierno de la Provincia en

una ceremonia solemne que ha emocionado por demás al entonces “nuevo funcionario jerárquico de la Policía, e hijo de esta tierra”, como ha recalcado el intendente cuando hizo uso de la palabra en el cierre del acto en la comisaría.

Gutiérrez, con el uniforme impecable, había dejado hace rato de intentar una conversación con el intendente. Jesús Benítez contestaba con monosílabos y frases hechas y no paraba, como ahora, de mirar su reloj de bolsillo y el de la estación y de bufar. “Bueno, si no se le importa un pito lo que digo voy a matar unos patos y vuelvo”, le había murmurado a media voz para comprobar que el otro no lo escuchaba. “Así parece”, ha contestado el intendente y ha seguido como si nada.

Ahora están en silencio. El intendente, de mal humor y el comisario por delegación, perfectamente enfrascado en sus recuerdos de estación, mientras los dos directivos de la empresa minera fuman y hablan entre ellos. Estos días han tenido varias reuniones con el comisario y han comprobado que es “un pueblerino no tan pueblerino” como pensaban. Y eso les genera cierta desconfianza.

Todos aguardan la llegada del secretario de Justicia.

Sánchez y Green descienden precedidos por algunos vecinos cargados con bolsas, jaulas con gallinas, valijas. Se hace evidente que no son del pueblo. Son cerca

de las 15. La comitiva se acerca a ellos y encara en dirección a Sánchez, quien con un gesto de tahúr la desvía hacia Green. El secretario de Justicia se saca el sombrero y saluda amablemente a cada uno, se presenta y presenta al “Dr. Sánchez”, intentando causar una buena impresión si eso fuera posible, pues ha notado que lo miran con cierta alarma y algo desilusionados.

No es la primera vez que su edad y apariencia han llevado a confusiones, y desilusiones.

—Mirá chango —le había dicho Sánchez segundos antes de que bajaran, cuando ya habían identificado a la gente que los esperaba—, vos dejame que los semblantee, y te juego un chanchito en lo de Saiquita a que van a recular fiero cuando te vean tan niño de estampita. Usemos el protocolo 101.

—¿Qué? ¿Protocolo qué?, no me digas que has traído de nuevo la petaca de largo aliento...

A instancias de Sánchez y casi como un juego, en los últimos tiempos habían creado la nada ingenua representación del secretario de Justicia y su asistente, generando confusión en los que esperaban su actuación procesal. Hasta que se los veía de cerca y se notaba el deshilachado traje que portaba Sánchez y la pulcritud de las ropas de Green, el asistente pasaba por el secretario y el joven abogado, por el asistente. Más allá, claro, de las presentaciones de rigor que a veces asumía Sánchez y otras, Green, según las circunstancias, y que terminaban de ubicar al ocasional entrevistado; claro,

esto pasaba cuando estaban fuera de las oficinas, fuera de los tribunales, como en este caso.

Hechas las presentaciones, los directivos abandonando la formalidad toman al secretario de Justicia del brazo y, con una autoridad que lo deja atónito y algo molesto, le explican “algunos puntos”, mientras lo apartan del intendente, del comisario y de Sánchez.

—El caso no es complicado, doctor Green, en la planta hay un faltante de dinamita comprobado y fueron dos o tres cabecillas los que la robaron y atentaron contra la obra y casi matan al gerente, que gracias a Dios se recupera en Salta. No hay mucho más que agregar —dice el más joven.

—Comprendo el interés que tienen y se los agradezco —inicia su respuesta a tan extraña situación el secretario de Justicia, inyectándole a su tono de voz una tranquilidad que sus ojos encendidos desmienten—. Y ya que vamos a ser expeditivos en aras de la celeridad de un caso que interrumpe el trabajo de la empresa, permítanme algunas preguntas...

—Sí, desde luego, doctor, espero que no hayamos sido impertinentes —dice el más viejo de los directivos, de impecable traje y moño, y visiblemente contrariado con la mirada fulmina al directivo joven.

—No, por favor, cada uno cumple con sus funciones, ¿cómo me dijo que se llama? Disculpe mi pregunta, pero pasa que mi memoria no da para tantas presentaciones.

—Astigueta, Eugenio, ingeniero, para servirle, doctor.

—Muy gentil, señor Astigueta. ¿El gerente estaba al tanto de ese faltante? ¿Y a qué se refieren cuando dicen “cabecillas”? ¿Sabían de una asociación ilícita actuando en la planta?

—Nada de eso, señor secretario de Justicia... Conjeturas que uno hace a partir de lo que pasa en el país. El incidente nos ha superado en varios sentidos. Ya tendremos tiempo para ello. ¿Cómo ha sido el viaje? Naturalmente querrá descansar... Hemos preparado una casa de la empresa para que estén cómodos, y será un honor que se queden en ella.

Green le sonrío a un muchachito y con un gesto deja que le lleve la valija. Busca a Sánchez con la mirada, y lo identifica comprando unos bollos a una señora que con una carcajada responde —seguramente— a una de sus ocurrencias.

—Tranquilo, ha sido un viaje tranquilo, gracias —le dice a Astigueta, mientras le da unas monedas al chico que lo ayuda—.

Un fotógrafo se acerca, saluda al intendente y al comisario, acomoda al grupo y hace una seña para que miren la cámara. Green se ve un tanto sorprendido. El flash ilumina el andén. El secretario de Justicia cierra los ojos enceguecido por el disparo.

Unos metros detrás del fotógrafo, Díaz, el diario, observa la escena desde su bicicleta. Cuando ve

alejarse a los recién llegados, se acomoda la gorra y comienza a vocear el diario.

Yo todavía no había condescendido a los favores que me eran propios por mi preparación y rango ministerial. Mi llegada a la secretaría del Juzgado de Instrucción era sólo el primero de los escalones que me llevarían a la Corte, eso lo había intuido casi inmediatamente luego de dejar la facultad. En tres meses de funcionario judicial había entrevisto esa y muchas otras cuestiones ya agendadas por mi padre. Entre ellas, que ese camino era ineludible.

Ineluctable, me dijo Sánchez una noche de viernes, cuando he querido contarle algo de lo que me iba pareciendo esto de tener 24 años y todo un futuro en la Justicia salteña... Y agregó: “Hay caminos que son solo para uno”. Esas charlas tenían lugar en el bar de tribunales, el de la esquina, después de la medianoche, cuando es un poco más propicio a este tipo de cavilaciones.

“¿Ha leído ‘Ante la ley’?” —me ha preguntado y sin esperar mi asentimiento ha desplegado una andanada de palabras que pretendían argumentar sobre algo aún nebuloso para mí.

Ese día ha sido que he comenzado a interrumpir con acotaciones pueriles sus —para mí— brillantes exposiciones regadas por un tinto generoso. Ese expediente defensivo —inconsciente entonces, pienso ahora—

luego lo he ido asumiendo como método, puesto que me permitía ir digiriendo mejor lo que iba saliendo, y reacomodarme en consecuencia. Él carraspeaba y como cura en procesión, abstrayéndose de mis brulotes, seguía. Los dos aprendíamos a partir de esa mayéutica nativa a pensar desde estos, nuestros lugares. Eso lo he comenzado a entrever entonces, y aún hoy, detrás de estas gruesas gafas y frente a la computadora que empleo como máquina de escribir, cuando intento contar lo de Quijano (esa historia puntual e iniciática), quiero comprender o, al menos, encontrar las palabras para expresarlo y dejar de algún modo algo registrado. Expuesto. Sánchez continuó argumentando.

—En realidad, Simón, ese cuento debería llamarse “Ante la puerta”. Porque, como recordará, no era estrictamente un juzgado, la puerta de un juzgado, es decir de “la ley”, era una puerta que bien podía ser la de alguno de los negocios de la Rusa María o del atrio de la Catedral. O mejor, para no ser desacatados anarquistas, del Colegio Nacional, la puerta de la dirección del Colegio Nacional, digamos. Entonces, ese hombrecito pretendía entrar, pero dos cancerberos lo retenían casi sin palabras porque, usted recordará, leían y leían. Muchos libros, bibliotecas enteras se devoraban, porque el bueno de Kafka figuraba, cifraba los años con los libros, el universo con... No, creo que ese es Borges, pero no nos dispersemos. Y qué mejor metáfora, porque entrar en un libro es entrar en otra dimensión temporal...

y las bibliotecas leídas amplificaban aún más ese horror. ¡Qué de cosas habrán pasado por la cabeza del demorado por esos oscuros expedientes y sus funcionarios! ¡Ve? En eso sí podría ser la Justicia. Como fuera. Al cabo de los años y después de haberse consumido en cavilaciones durante una solitaria espera, nuestro hombrecito ya anciano decide preguntar algo que de evidente no era evidente o, mejor, enunciable, hasta que formula la pregunta...

—¿Cómo conseguían tantos libros en Salta? —he completado con la desfachatez que me brindaban la edad y esa naciente amistad, cimentada luego con calle y bares y muchas palabras.

No fue inmediata la carcajada. Primero estuvo el asombro en los ojos de Sánchez. Y una suerte de epifanía. Creo que recién me veía, es decir, me veía por primera vez.

Recuperados los dos de la risa (había sido él quien, luego de la grosería perpetrada, desde el lugar de oficiante sumó a todos en el bar a la hilaridad más genuina, la del hombre que tiene sed, y bebe), ha continuado con su soliloquio, dispuesto a concluirlo.

—Amigo Green, ¿puedo tutearlo? —me ha preguntado mientras carraspeaba en los últimos estertores de la risa y sacaba del bolsillo del saco la chuspa para armar un nuevo acullico—. Y en este pedido —ha proseguido— va de suyo que le estoy pidiendo a usted proceda de

igual manera con este humilde funcionario de la Justicia que ha agotado sus pudores alambicado por este generoso fruto de nuestra tierra.

—Naturalmente, Sánchez, y salud.

—¡Salud! ¡Por tu camino y el mío! ¡Tu puerta y la mía! Bien, cumplidas las formalidades ante los fueros correspondientes y reconociendo que esto nos libera de ciertos lastres... y ya que hablamos de puertas y caminos, Simón, amigo, ¿por qué no te vas a ver si ha parido la chancha?

El directivo joven, bajo la estricta mirada del viejo, llama al comisario e ignorando al intendente le ordena llevar a Green y a Sánchez a la casa que han dispuesto para ellos desde la empresa. Gutiérrez busca la anuencia de Benítez con la mirada y se dispone a cumplir la orden.

—Gracias, comisario, no se moleste —le dice Green a un Gutiérrez perplejo porque el chico no le ha querido dar la valija.

Y dirigiéndose a Astigueta:

—No va a ser necesario, Astigueta, una casa de mi familia ha tenido a bien situarse a metros de la plaza. Muchas gracias por la deferencia.

Cuando se ordenaban los expedientes en los archivos del juzgado, y las copias con papel carbónico

eran ilegibles, los importantes eran tipeados nuevamente por señoras contratadas para esa función. Auxiliares de la Justicia también se las denominaba. Además, no se podía, muchas veces, discriminar qué documentos eran importantes. Estaban los originales, pero eran necesarias las copias, a veces. Y entonces el criterio era totalmente arbitrario. Había distancias. (Escribo y no puedo sustraerme de considerar la distancia infranqueable existente entre los que no saben de leyes o son pobres y la Justicia.) Los que sí sabían o eran de familias importantes estaban más allá, a resguardo de la ley y con la ley, que todo lo ve, valiéndose de esa misma distancia de la que intento hablar. La pérdida de expedientes de un caso o la sobreevaluación eran habituales. Entre pares. Un temor casi sagrado, esotérico, invadía a los que la veían desde afuera y, curiosidades de la entropía, algunos la respetaban, o intentaban hacerlo. Parte de la herencia colonial que tan prudentemente nos representa. Y hablo de la colonia y también de su “belleza y esplendor” que, repitiendo la fórmula, tan dignamente conforman uno más de nuestros valores culturales. ¡Ay, salteñidad!

¡A la mierda! ¡El viejo Díaz Gray tiene leche!

Esa recurrencia repitiendo escenas, quiero decir repitiendo estructuras, no escenas, es casi una invitación a pensar el tiempo como espacio. ¡No estamos solos, gato puto! Esto, escrito como está, más parece un guion. El

viejo es pintor, no será bueno, pero tiene oficio. Es muy plástico, muy visual lo que escribe. Y volvemos a los espacios que se ven y dimensionan tiempos. Y el muy hijo de puta está buscando los colores para pintar los sonidos. Debería cortar aquí y bajar un cambio, la yerba que estoy usando me acelera para el carajo...

Bueno, una página más y dejo.

Un viejo patrullero y una camioneta estanciera de la empresa suben por un camino sinuoso, enmarcado por los cerros y el río. El verde violento despierta aún más el azul del cielo. El secretario de Justicia mira por la ventanilla de la camioneta mientras escucha a sus acompañantes que pretenden dar cuenta de los hechos. Sánchez juega con un botón de su saco, que está a punto de desprenderse.

—Dos obreros han desaparecido, se han fugado, el día del incidente, Renato Cabrera y Néstor Calisaya —lee el directivo joven los nombres, con cierta dificultad por el ajetreo del vehículo. Tiene una carpeta.

—Este, Dr. Green, es un informe que nos hemos permitido elaborar para colaborar con su investigación. Quizás le sirva... —agrega el directivo viejo, mientras con la mirada le ordena al más joven que le entregué la carpeta a Sánchez, quien, por la maniobra y la intempestiva interrupción, engancha uno de sus anillos y ve cómo el botón salta por la ventana abierta de la camioneta.

—¡Mierda! —dice—. Perdón, es que... —encuentra la mirada de Green y casi larga una carcajada—. Sí, desde luego, todo aporte es bienvenido —se compone,

y recibe la carpeta con la izquierda mientras mete el índice de la derecha en el ojal ahora inútil por el accidente y le sonríe a Green resignado.

En el puente de ingreso al predio, el vehículo frena bruscamente, una anciana. Sorprendido, el chofer ha clavado los frenos, delante del vehículo y cargando un atado de ramas en la espalda, la mujer mira a los que van en la estanciera desde una distancia que no se mide en metros, y hace un gesto de saludo que los hombres responden como pueden aún alterados. “A la pipeta —dice Sánchez—, pobre señora, menos mal que nos ha perdonado la insolencia de casi desparmarle su carga”. Los otros agradecen con risas la humorada de Sánchez que los rescata del susto.

Mirá chango, en lo que hace a los naturales del lugar, como dice el viejo Dávalos, es mejor entrarles por el humor, le había dicho en el tren ese mediodía, después de preguntarle si conocía el obrador de Quijano. Claro que, en esa camioneta, salvo el chofer, ninguno era del lugar. De todas formas, la humorada servía para sumar complicidades.

La construcción está al pie de un cerro no muy alto, hombres entran y salen en algo que parece un túnel. Los directivos, el comisario, un agente, Sánchez y el secretario de Justicia recorren el lugar. Los de la empresa ilustran a los recién llegados sobre detalles de la

obra. A unos metros, a la derecha de donde se emplazará la usina, está lo que era la oficina del gerente, “el lugar del hecho”, dice el comisario con un tono no exento de grandilocuencia. Algo queda de ella entre los escombros.

Green mira detenidamente los restos del escritorio, hay papeles por todas partes, un cenicero de pie tirado; el basurero curiosamente está en su sitio, al lado de lo que era el escritorio. Con el pie derecho quiere moverlo, y no puede. Es muy pesado. Seguramente es de bronce como el cenicero.

Sánchez toma algunas notas en una libretita que extrae del bolsillo interno, el único sano de un saco arrugado y pasado de moda, al que le falta ahora un botón más.

Desde la ventana de la pared que ha quedado en pie, Green ve una casa entre los cerros.

El desarrollo de los hechos requiere de una gramática. Hablo de cuando ocurren, no hablo solo de contarlos, de relatarlos. Hay un movimiento en el acontecer. Una lógica. Claro, tenemos la experiencia y luego con palabras intentamos dar cuenta de ella. Por lo menos dos veces ocurren las cosas; cuando pasan y cuando las contamos. La idea es tan antigua como la palabra idea.

Me canso con una demasiada frecuencia que se hace más ostensible ahora, cuando estoy a punto de

mandar a la imprenta estos papeles que tan generosamente lee Clemente, el chico recibido en la Universidad Nacional; de tan solo pensar, me canso. Él dice que ahora tengo todo el tiempo del mundo para explicarme y contar, y quizá tenga razón, pero no lo tengo para el ejercicio de escribir, pienso. Y en cuanto a eso de “todo el tiempo”, cuando lo dice adivino una chanza en su mirada. Cosas de viejo. Sé que quiere trasmitirme algo de su vitalidad y en ese juego de complicidades me veo yo mismo 50 años atrás, tratando de espantar en algo el sino del que se pertrechó Sánchez cuando supo que nada valía estar vivo si no se estaba vivo.

Escribir, escribir... escribir sin palabras. Eso pensé cuando entendí que la pintura era tan misteriosa como la música y me di a la búsqueda de pintar los colores del sonido sin colores.

índice

i- colores, 9

El señor k, 11

La noche, 15

Un libro de Onetti, 16

Guayaquil, 20

La distancia, 24

ii- el color de la memoria, 37

Ha vuelto Matías, 39

El otro, 44

Las vueltas de la vida, 53

Las manos, 59

Con música de fondo, 71

La poesía de los dados, 79

iii- el color de los sonidos, 83

Mañana a las seis, 85

Los libros y los libros, 94

Lo que estaba antes, 97

La belleza, 106

roberto acebo